—No, lo que es para V., se apresuró á decir el reverendo, aunque el cielo se juntase con la tierra no tendría nada de particular.

—Pues bien, diga V. qué es lo que tiene de particular esa carta.

—En la apariencia nada, en el fondo... ¿quién sabe?

—¿Qué misterio será ése?... preguntó doña Mercedes.

—Una de dos, respondió el canónigo, ó es cosa de política... ó en ese misterio hay alguna mujer.

—Eso es más verosímil.

—¡Dios mío! ¡Una mujer! exclamó la amoro sa madre.

—No hay motivo para alarmarse, observó el médico.

—¡Qué no le hay! Sea cuestión política ó cuestión de amores, el asunto es gravísimo, dijo seriamente el sacerdote, y si esta señora sigue mi dictamen, escribirá seguidamente á su hijo mandándole venir á su casa.

—¡Qué disparate! deje V. al muchacho que vea mundo.

—Sí, déjele V. que se exponga á ser juguete de alguna aventurera, ó que se engolfe en la malhadada política, y acabe por ser un demagogo furioso. ¡Digo! y en compañía de D. Facundo... á quien conocí yo en Sevilla metido en todos los círculos políticos, y creo que hasta en las socieda-

des secretas. ¿Como era posible que en mis tiempos un joven de la edad de Joaquín se permitiese hacer así un viaje á Francia, solo ó mal acompañado, que es peor, y llevando la idea de descubrir un misterio?... Bonito misterio será el que va á descubrir... ¡Ya le habrán hecho creer á su hijo de V., señora mía, que con aprender cuatro palabras vacías de sentido y darse un bañito de filosofía alemana, está en disposición de aspirar á gobernar el país!... En fin, señora, diga V. á su hijo que se venga por acá en vez de ir á ver á los franceses, con los que nada tiene que ver, y observaremos en qué disposición está el muchacho, veremos lo que han hecho de él esos catedráticos que no creen en Dios ni en los santos, esos políticos de café y fonda, y esos periodistas de los diablos, con quienes habrá tratado en Madrid.

—¿Ha acabado V. ya? preguntó el doctor.

—No señor, porque no he dicho todo lo que se me ocurre decir; pero hable V., á ver qué dice para tranquilizar á esta señora, y evitar que su hijo vaya á donde no tiene ninguna necesidad de ir.

—Pues lo que yo digo, compañero y amigo D. Diego, es que esta señora no hará semejante ridiculez, y por el contrario, escribirá á su hijo que se alegra mucho de que haga ese bonito viaje, y que ya que estará á mitad del camino, se alargue á París á ver las ruinas que allí ha dejado la *Commune*.

—¡Oh! exclamó el sacerdote, para ver ruinas también las podrá ver en su propia patria antes de mucho. Desgraciadamente, todo amenaza ruina.

—¿No le parece á V., añadió, que vamos aquí también por el camino de la ruina?...

—¡Hombre!... sí señor... ¿á qué he de decir lo contrario?... En eso estoy conforme con V., aunque no sea liberal como yo...

—¡Liberal!... Ve V. que vamos á la ruina por el camino de la libertad, ¿y todavía se llama V. liberal?...

—Es que aunque ahora se invoque la libertad, ésta no es libertad, ésta es locura, es abolición del sentido común.

—¿Y no reniega V. ya de la libertad?

—¿Cómo he de renegar de un dón que dió al hombre el mismo Dios?... ¿Qué culpa tiene la libertad de que los hombres hayan perdido el juicio?...

—Yo no puedo transigir en ese punto, y como le he dicho á V. muchas veces, no he de cejar en mi empeño de hacerle á V. renegar de la libertad.

—No lo conseguirá V.

—Sí lo conseguiré, porque V. es un hombre de bien, aunque liberal, y cuando vea V., como ya se adivina, la patria rota y perdida, la Iglesia perseguida con mayor rabia aun que ahora, la miseria en todas partes y en todas partes la

discordia... entonces V. abominará la libertad.

—No señor; abominaré á los malos españoles que hayan traído á tal extremo á la patria; pero seguiré amando la libertad.

—Vaya, señora, V. dispense, pero me marcho, porque este hombre va ser mi perdición, va á hacerme perder la serenidad y la paciencia que convienen á mi carácter de sacerdote.

—¿Se marcha V.?... Pues le acompaño.

—¿Para martirizarme más?...

—No, para guardarle á V. y que nadie se atreva á faltarle al respeto.

—¡Hombre! Don Martín, siento ser tan amigo de V...

—¿Por qué?

—Porque quisiera que no fuera V. tan amigo mío para poder aborrecerle, y sucede que cuanto más me enoja, y me contraría y me desespera, más le quiero á V.

—Lo mismo me pasa á mí, señor D. Diego.

. . . . . .

La madre de Joaquín no se atrevió á contrariar á su hijo, y le escribió una carta cariñosísima manifestándole cuánto se alegraba de su determinación; pero su angustia aumentó, sus temores fueron más vivos, y su intranquilidad y su impaciencia alarmaron mucho á sus amigos, el cura y el médico, que llegaron á temer que se alterase gravemente la salud de la incomparable madre. Doña Mercedes no creía que su hijo

tuviera aficiones políticas ni estuviese empeñado en ninguna empresa de partido alguno; lo que temía era que una mujer le arrebatase el amor de su hijo, y que ésta fuera una mujer indigna.

D. Martín fué á ver al P. Diego, y le dijo:

—Amigo mío, doña Mercedes se va poniendo muy mala.

—Lo he notado; pero ¿teme V. algo grave?...

— Sí señor, lo temo, y sería para mí un cargo de conciencia no poner remedio.

—Vamos, gracias á Dios hay remedio.

—Uno eficacísimo.

—¿Cuál?

—Que la llevemos V. y yo adonde está su hijo...

—¿A Francia?

—Sí señor.

—Yo no tengo nada que hacer allí.

—Tiene V. que hacer lo mismo que yo; procurar el alivio de nuestra excelente amiga.

—¿Y si allí sorprende á su hijo mal entretenido?...

—No lo crea V.

—Yo lo temo.

—Yo no. Y de todos modos, doña Mercedes ha hecho ya todo el sacrificio que podía hacer; ha estado ausente de su hijo todo el tiempo que podía resistir este martirio, porque para ella, no lo dude V., ha sido esta separación un martirio

horrible, y ya no lo puede sufrir más. Sucumbiría si tardase mucho en ver á su hijo.

—Me alarma V. sobremanera.

—Quedamos en que V. nos acompaña.

—Si se trata de la salud de nuestra amiga, iré adonde V. me lleve.

—La misma tarde, D. Martín decía á la madre de Joaquín:

—Señora, es preciso que sea V. obediente. Yo tengo un remedio para V., que es preciso, absolutamente preciso emplearlo; pero ese remedio no está aquí y tiene V. que ir á buscarlo.

—¿Adónde?...

—¿Adónde?... ¿Usted tiene confianza en mí?...

—Absoluta.

—Pues entonces disponga V. su viaje; D. Diego y yo acompañaremos á V.

—¿Pero adónde?...

—¿Dónde cree V. que puede recobrar una madre la tranquilidad, la alegría, la salud?...

—¡Oh! al lado de su hijo.

—Pues precisamente al lado de su hijo queremos llevar á V., amiga mía.

—¡Oh! no me atreveré nunca.

—¿Cómo?

—Mi hijo creerá que desconfío de él, que he ido á sorprenderle...

—Su hijo de V. experimentará grandísima alegría con esa venturosa sorpresa.

—Déjeme V. pensarlo.

—Como amigo de V. tendría mucho gusto en complacerla; como encargado de cuidar de la salud de V. le concedo solamente dos días para disponer su viaje. Interesa demasiado la vida de usted á su hijo, á nosotros, á los pobres, para que yo la comprometa. Usted vendrá con nosotros á recobrar su salud y su tranquilidad.

—¿Y si no fuera?

—Si no viniera V. y pasara más tiempo ausente de su hijo, moriría V., señora... porque ya se está V. muriendo de pena de no ver á su hijo. Y es en vano que quiera V, disimular, es en vano ya que haga usted esfuerzos sobrehumanos para dominar esa pena, para convencerse á sí misma de que no la tiene... Esa pena mataría á usted si yo no tuviese empeño en que usted viva tan feliz como merece, largos años.

Todavía se resistía la amantísima y tierna madre, pero llegó oportunamente el reverendo padre, quien, teniendo fe ciega en la ciencia de su amigo D. Martín, estaba grandemente alarmado desde que éste le manifestó el peligro en que se hallaba doña Mercedes.

—Señora, le dijo el bondadoso sacerdote, ¿cree usted que por otro motivo que no fuera la salud de V. haría yo un viaje á esa Francia que detesto y abomino porque de allí nos han venido todos los males?... He hablado con D. Martín, con quien sabe V. que siempre estoy en desacuerdo, porque él es liberal, Dios los confunda,

menos á él, ó mejor dicho, Dios les abra los ojos, y esta vez soy de su mismo dictamen y hoy pido licencia á mi venerable Prelado para hacer ese viaje acompañando á V. ¿Cómo hemos de permitir que V. se consuma aquí de tristeza?...

—¡Oh! es verdad, exclamó al fin doña Mercedes, es verdad, si no veo á mi hijo me muero... Tiene razón D. Martín, siento que me falta la vida, ¿y no me ha de faltar, si mi vida es mi hijo?...

XVI

¿A quién amaba Joaquín?

Joaquín estaba hondamente preocupado desde que vió en la mano de la bellísima Soledad el misterioso anillo de su dama desconocida.

Todas las señas de ésta coincidían con las de Soledad; hasta la mano parecía la misma; pero la voz era otra.

Pasaron diez ó doce días, en los que Joaquín hubo de manifestar tal preocupación, que don Facundo no pudo menos de advertirla y alarmarse.

—¿Qué le pasa á V., amigo mío? le preguntó.

—Que esa mujer me vuelve loco.

—¿Cuál?

—Mi desconocida.

—Pero ¿está aquí?...

—No señor; mas la hija del Marqués se le parece tanto...

—¿En qué?...

—En todo.

—Pero si V. no vió nunca la cara á su desco-

nocida, ¿cómo sabe V. que se le parece la hija del Marqués?...

—No sé... no me explico... pero estoy seguro de que se parece.

—¿Quiere V. que le diga yo la verdad?

—¡Oh! sí señor.

—Pues amigo, V. estará todo lo prendado que quiera de su desconocida, pero á quien V. ama realmente es á la hija del Marqués...

—¡Ah! ¿sabe V. que es ella?...

—¿Quién?

—Mi desconocida.

—Hombre, no me hable V. más de su desconocida: V. ama á Soledad.

—A la que no he visto nunca, sí señor.

—No señor, á la que ha visto V. hace tres días.

—¡Oh! no.

—Entonces no tendrá V. inconveniente en que continuemos nuestro viaje hasta Burdeos ó más allá, puesto que aquí nada tiene V. que le llame la atención.

—Esperemos unos días.

—Como V. quiera. Debo decir á V. que la hija del Marqués es una mujer incomparable, su alma es tan bella como su rostro, mucho más bella, porque la belleza de su alma es duradera é invariable; y el hombre más feliz del mundo será el que logre ser amado de tan angelical criatura.

—No lo dudo, pero no es ella la que hizo en mi alma tan profunda impresión, la que me dijo tan discretas palabras en el Teatro Real, la que me hablaba con aquella voz que aun resuena en mi oído, voz de inefable ternura, voz llena de melancolía y dulzura, voz que no olvidaré nunca, por muchos años que Dios me conceda de vida. ¿Quién será esa mujer?...

—Pero la hija del Marqués...

—Confieso, amigo mío, que la hija del Marqués causó en mí profunda impresión, y que la amaría si no hubiese hablado nunca con mi desconocida. ¡Oh! ojalá fuese ella; pero no, no es...

Y estando en esta conversación entró el criado del hotel con una carta para Joaquín.

—¡Ah! exclamó, mirando el sobre. ¡Carta de ella!... Pero es de Madrid...

—Veamos; ábrala V. y salga de cuidado.

—Dice solamente: «Pronto nos veremos.»

—Lo celebro; á ver si quiere Dios que se aclare el misterio y recobre V. su tranquilidad.

—¡Oh! Dios lo quiera.

—Esta noche, ¿iremos también á casa del Marqués como anoche?

—No, ya no debo ir.

—Como V. quiera. Iré yo solo.

Joaquín no fué, en efecto, aquella noche á casa del Marqués, pero luego sintió no haber ido, y echó mucho de menos la discreta conversación de Soledad y la tacita de té que las noches an-

teriores le había servido con exquisita delicadeza y gracia singular, y el gran bienestar que experimentaba las dos horas que pasaba en aquella apacible y encantadora mansión.

Don Facundo fué á casa del Marqués y, profundo observador que era, notó que Soledad estuvo contrariada no viendo á Joaquín acompañarle como las noches anteriores, pero no preguntó.

El Marqués sí que preguntó con gran interés, y manifestó cuánto sentía no verle. D. Facundo dijo que Joaquín se había sentido algo indispuesto, y al oir esto palideció Soledad y el Marqués quiso ir al hotel, y costó gran trabajo á don Facundo disuadirle de este empeño, lográndolo al cabo con asegurar que la indisposición era ligerísima, pues tampoco él le habría abandonado si fuese cosa de algún cuidado. Pero la velada fué triste; ni Soledad se puso al piano como acostumbraba, ni el Marqués habló tanto como solía de los acontecimientos de España. D. Facundo se retiró temprano, y por el camino iba diciendo:

—Pues señor, no solamente la hija se ha enamorado del muchacho, sino también el padre.

Y al volver al hotel encontró á su compañero de viaje muy disgustado y con un humor que no era propio de su carácter apacible y bondadoso.

—¿Qué tiene V.?... le preguntó.

—No sé... nada; mal humor.

—Creí que habría dicho la verdad en casa del Marqués diciendo que estaba V. algo indispuesto.

—¿Eso ha dicho V.?...

—Sí; ¿qué había de decir?... También allí estaban de mal humor.

—¿Quién?... ¿Soledad?...

—Y su padre. Soledad no ha tocado el piano. Me parece que si V. hubiera ido esta noche, como todas, ni estaría V. ahora de mal humor, ni Soledad habría dejado de tocar el piano.

—¿Cree V.?...

—Creo la verdad, y no hay porqué no decirlo. Usted ama á Soledad, y Soledad á V.

—¡Oh! ni una cosa ni otra.

—Bueno; pues al tiempo.

En efecto, la hija del Marqués amaba á Joaquín.

Y el Marqués, que hasta entonces no había conocido ningún hombre á quien pudiera juzgar digno de su hija, pensaba que, si alguno había, era Joaquín.

XVII

Todo se aclara.

Era día de fiesta, y la nueva iglesia de Biarritz estaba llena de gente, que esperaba el santo sacrificio de la misa. Toda la colonia española se hallaba en el templo. Allí estaban, por consiguiente, el Marqués con su hija y D. Facundo y Joaquín. Este iba á misa porque tenía esta costumbre desde niño, y habría considerado que hacía una ofensa á su madre si hubiera dejado de ir á misa en un día de precepto, pero iba á la hora misma que acostumbraban ir el Marqués y su hija, sin duda para ver á ésta, aunque él negaba absolutamente que estuviese enamorado de ella. Pero ni él ni ella se distraían durante la sagrada ceremonia, porque ella ni una sola vez le miraba, ni un momento apartaba del altar la vista.

Joaquín no había reparado en dos mujeres que estaban arrodilladas muy cerca de él, que se hallaba en pie al lado de la pila del agua bendita. Una de las dos mujeres oraba fervorosamen-

te; la otra miraba á Joaquín. Ambas vestían traje negro y mantilla con velo muy tupido que les cubría el rostro. Aunque estaba cerca una de otra, no habían ido juntas al templo, y nada indicaba que se conocieran.

Cuando acabó la misa, Joaquín quedó allí esperando que saliera la gente que obstruía la puerta.

El Marqués y su hija fueron á pasar por delante de él, y Joaquín, cortés y galante, dió el agua bendita á Soledad, que al tomarla mostró en su mano el anillo exactamente igual al que usaba la desconocida. Y al mismo tiempo vió nuestro joven llegar á la pila del agua bendita otras dos manos que ostentaban anillos enteramente iguales.

—¡Ah! exclamó sin poderse contener.

Y una de las dos manos llegó á la suya y se la cogió, al mismo tiempo que una voz, que conmovió profundamente su corazón, le dijo:

—¡Bendito seas!... hijo mío.

—¡Madre mía!... exclamó Joaquín, abrazando á doña Mercedes, que ella era una de las dos enlutadas que estaban á su lado durante la misa.

La sorpresa de hallar allí á su madre le hizo olvidar la otra mano que había visto sobre la pila del agua bendita.

Doña Mercedes no podía articular palabra; tal era su emoción, tal el exceso de placer que sentía en aquel momento su corazón de madre. Abra-

zados hijo y madre, salieron á la plaza, donde estaban el médico D. Martín y el R. P. Diego, cuya presencia también sorprendió mucho al joven.

—Perdona, dijo al fin la amorosa madre, perdona si he venido á sorprenderte.

—Madre mía, ha venido V. á darme la mayor de las alegrías.

—Yo no queria venir; he venido obligada por estos señores.

—Porque era preciso que viniera, observó el Padre Diego. A lo menos ésa es la opinion de D. Martín.

—En efecto, dijo éste, ha venido tu madre, porque si hubiera pasado quince días más sin verte, habría muerto...

—¡Madre mía!.. ¿Por qué?...

—Porque la ausencia del hijo amado mata á las madres que son como la tuya, añadió D. Martín.

—¡Oh! es verdad, exclamó Joaquín; yo sí que debo pedir perdón á mi madre porque debí comprender cuánto sufriría, y debí volver á su lado en vez de venir aquí.

—Pero vamos á la posada, observó el sacerdote, y allí podrán ustedes hablar más cómodamente.

—Amigo D. Diego, exclamó D. Martín, ¿cree usted que está en camino de Despeñaperros?

—¿Por qué lo dice V.?

—Porque le oigo llamar, con poca propiedad y menos respeto, *posada* al *hotel des Ambassadeurs*, que así se llama el palacio donde hemos entrado anoche, donde estamos hospedados.

—No empecemos, amigo D. Martín.

—Usted es el que empieza, señor D. Diego, diciendo tales cosas, que han de chocar forzosamente.

—Lo que á mí me choca es que á un hombre que tiene el buen talento de V. le seduzcan y admiren toda esta farsa y toda esta bambolla de los franceses.

—Pero, hombre de Dios, el *hotel*, la fonda, si lo quiere V. en castellano, ¿tiene algún punto de analogía con la posada de nuestro país?...

—¿Qué ha de tener?... No señor. En este *hotel* nos sacaran los ojos con la mayor finura y haciéndonos mil cortesías.

—Y en las posadas de España nos los sacarían sin cortesía ninguna. A no ser que á V. le parezca que el robo en España es más bonito que en el extranjero...

Joaquín y su madre habían llegado al hotel, y entraron seguidos del médico y el sacerdote.

Cuando estuvieron en la habitación que ocupaba en el hotel la recién llegada, el bueno de D. Martín, prudente siempre, indicó al sacerdote que era conveniente dejar solos á la madre y al hijo, que tendrían mucho de que hablar.

—¡Oh! no permitiré, dijo doña Mercedes, que ustedes nos dejen. Para tan buenos amigos, mi hijo y yo no tenemos secretos.

—Tiene razón mi madre, observó Joaquín.

—Sea como ustedes quieren, dijo el sacerdote, que tenía vivos deseos de conocer si el muchacho se había picardeado en Madrid, y esto lo conocería él en cuanto le oyese hablar de sus estudios ó de las cosas políticas. El P. Diego tenía alta idea de su propia perspicacia y extremada penetración.

Joaquín habló de sus estudios, y confirmó la noticia que ya había dado por carta á su madre, de que pronto sería doctor en derecho civil y canónico.

El cura tosió así como si tuviera apretada la garganta.

—En verdad, dijo, que me maravilla que en tan corto tiempo hayas podido concluir tu carrera: no sé qué derecho civil y canónico se puede aprender en tan corto espacio. ¡Pues apenas tiene eso que aprender!... Ni la vida de un hombre basta.

—Señor D. Diego, cuando se aprovecha el tiempo y se tiene voluntad de aprender, se aprende todo pronto, y por eso la libertad de enseñanza...

—¡La libertad de enseñanza!... ¡Ya pareció la libertad! ¡Funesta libertad! ¡Oh! No me hables de eso, que me irrito y me indigno, sin po-

derlo remediar, de una manera impropia de mi estado. ¡Funesta, aborrecible libertad!

—Funesta en efecto, respetable padre, añadió Joaquín, porque se hace de ella mal uso, porque en lugar de servir para estimular al estudio, sirve para estimular á la holganza... Pero yo mismo, que no creo prudente esa libertad de enseñanza, no puedo menos de holgarme de que me haya servido para hacer mis estudios en más breve plazo. De suerte que no se puede juzgar que es la libertad mala.

—Lo es por los tristes resultados que da.

—Es lo mismo que yo digo.

—¿Oye V. esto? preguntó D. Diego á Don Martín; aquí tiene V. cómo un joven que debería tener menos seso que V., que ya es un carcamal, está casi de acuerdo conmigo.

—Pero hombre de Dios, si lo que dice Joaquín es lo mismo que yo digo.

—No señor; V. dice que la libertad es la panacea universal, y se relame de gusto cada vez que viene en los papeles públicos alguna medida de gobierno inspirada en la más exagerada libertad.

—Y V. se regocijaría por extremo si viera prevalecer la más exagerada represión.

—Sí señor, porque esa exageración tiene menos peligros.

—No diga V. eso, por Dios. Todos los extremos son igualmente ocasionados á gravísimos peligros.

—Yo soy intransigente, Sr. D. Martín.

—Yo también, pero hasta cierto punto, replicó el doctor.

—Creo yo, observó Joaquín cuerdamente, que ustedes dos en el fondo están de acuerdo, y sin embargo, domina en ustedes el exclusivismo de la idea política, á que cada uno da culto, y ese exclusivismo es el que hace á ustedes parecer irreconciliables adversarios. Es el mal de nuestro país, el mal que no nos deja punto de reposo y que ha producido grandísimos desastres y amenaza producirlos mayores todavía. Pero ya hablaré con ustedes de esto.

Quedó agradablemente sorprendido el cura oyendo al joven discurrir con tanto juicio, cuando suponía que le había de hallar convertido en un demagogo terrible, pues el bueno del sacerdote profesaba la opinión de que bastaba en esta época cursar en la Universidad de Madrid para adquirir ideas antisociales y demoledoras.

—Mi madre, dijo el joven, querrá saber mi vida desde que salí de Osuna hasta el presente, y yo se la voy á contar en poquísimas palabras. He estudiado mucho, he leído buenos libros, he ido á todas partes, he visto lo bueno y lo malo; y no he perdido gracias á Dios, ni la fe cristiana, ni las ideas de honor y probidad que debo á mi querida madre.

—¡Hijo mío! exclamó ésta con lágrimas de alegría.

—Llegué á Madrid en una época de completa y trascendental efervescencia política, en medio de una espantosa confusión de ideas. He oído las más extrañas y raras teorías, expresadas con una gallardía y una elocuencia que habrían dado ópimo fruto si se hubieran empleado en difundir la verdad, y no la mentira. He visto que hombres de innegable talento, de gran experiencia, venían á renegar de las ideas de toda su vida, y aceptaban como verdades inconcusas las más extrañas utopias, los más extravagantes delirios. He contemplado el triunfo de la más completa nulidad, de la más insigne cobardía, de la más desatentada ambición; he visto cómo se han improvisado grandes hombres los que no eran ni siquiera medianías; he asistido, en fin, al espectáculo que está dando España hace cinco años, y al contemplar todos los detalles, todos los incidentes de esta suprema crisis, he dudado si queda en España algún cerebro sano (1). Lo cierto es que todos los días se encuentran en los hechos y en las palabras de nuestros compatriotas las más evidentes señales de la locura. Yo no me habría librado del contagio á no haber tenido á mi lado un hombre singularísimo, que tiene la peor reputación, y, sin embargo, es uno de los pocos que, además de un corazón de oro,

(1) Conviene advertir que esta sencilla narración se escribió en los tiempos, breves por fortuna, del cantonalismo.

conserva el juicio tan sano y la inteligencia tan clara como parece imposible, viviendo en medio de esta sociedad tan perturbada.

—Ese hombre es D. Facundo, dijo doña Mercedes.

—Sí, madre mía; D. Facundo, un hombre de quien dice todo el mundo que ha sido un loco toda su vida.

—En efecto, observó el cura; yo le conocí cuando joven, y era un loco de atar, un liberal odioso.

—Por loco le he tenido yo siempre, añadió don Martín. Pero siendo liberal ya no le puedo juzgar loco.

—Malas noticias tenía yo de él, agregó doña Mercedes, y mucho me inquietaba que fuese tu amigo, y te aseguro que si me hubiera acordado de que vivía con Salvadora no te habría enviado á vivir en casa de esa excelente amiga mía.

—Y yo no le hubiera conocido, y no encontrándole, me vería V. acaso convertido en uno de tantos locos, ó de tantos incrédulos, ó de tantos malvados.

—Ahora bendigo á ese excelente hombre de bien, dijo doña Mercedes, y será uno de mis predilectos amigos.

—Otra persona, continuó Joaquín, ha contribuído poderosamente á que no me haya contagiado esta peste de charlatanería, ambición, soberbia, descoco y perverso egoísmo.

—¿Quién?

—Una mujer.

Don Diego miró á D. Martín, como si le quisiera decir:—Ya pareció aquello.

—¿Una mujer? repitió doña Mercedes.

—Sí, madre mía; una mujer á quien amo, y que he venido á buscar á Francia. Este es el misterio de que hablaba á V. en una de mis cartas.

—Lo recuerdo, y te puedo asegurar que me preocupaba mucho ese misterio.

—Es una mujer adorable, la más adorable después de mi madre.

—¿Y quién es?...

—No la conozco.

Don Diego miró otra vez á D. Martín, como si le quisiera decir:—¿Entiende V. eso?...

—¿No la conoces?... preguntó doña Mercedes.

—No; puedo jurar que jamás he visto su rostro.

—¿Y dónde está?...

—No sé, y sin embargo, hoy, en la iglesia, he visto en tres mujeres la única señal por donde yo conozco á mi desconocida.

Ahora fué D. Martín el que miró al P. Diego, como si le quisiera decir:—¿Si estará loco este hombre?...

—¿Y qué señal es esa, hijo mío?...

—Un anillo como ese que tiene V. en su dedo.

Don Martín y el padre Diego miraban con gran curiosidad al joven.

Este refirió la sencilla historia de su amor á la desconocida desde que la vió por primera vez en el coche del *tramvía*, explicó la impresión que hizo en él aquella mano de extraordinaria y singular perfección; contó cómo la había visto una noche en la Ópera y otra noche á la cabecera de un moribundo; leyó las cartas que tenía de la incógnita dama, que siempre las llevaba consigo; no ocultó su conversación con ella en el baile del Teatro Real, y refirió cómo un hombre desconocido había llegado á interrumpir tan agradable conversación, y como él, por informes de D. Facundo, había sospechado que aquel desconocido era el Marqués de la Violeta, y luego había conocido al Marqués y á su hija, y aunque el Marqués le parecía el mismo caballero que vió en el Teatro Real, era evidente que no fué el Marqués el que se acercó á llevarse consigo á la desconocida; y por último, que la hija del Marqués era de la misma estatura y tenía el mismo nombre que su incógnita, y llevaba constantemente un anillo igual al que usaba doña Mercedes, y él había visto siempre en la mano de la misteriosa encubierta, y, sin embargo, estaba persuadido de que ésta no era la hija del Marqués.

Durante todo este relato, el P. Diego y don Martín mirándose muchas veces y miraron pro-

fundamente á Joaquín, y volvieron á mirarse, pensando ambos que el pobre Joaquín había perdido el juicio.

—¡Y hablaba de que todo el mundo está loco!... pensaba D. Martín. Pues él está, por lo visto, como todo el mundo.

—Ya decía yo, pensaba el cura, que el muchacho se iba á perder en Madrid. No hay duda que le han barajado los sesos. Es un loco que tiene cierta apariencia de formalidad.

Doña Mercedes no creía loco á su hijo. Su instinto de madre le había hecho comprender que aquella extraña historia era cierta.

—Esto es todo, añadió Joaquín luego que hubo terminado la narración. En la iglesia, al mismo tiempo que V., madre mía, iba á tomar esta mañana el agua bendita, ví la mano de mi desconocida. Es indudable que está aquí, en Biarritz.

—Pues señor, pensó el médico, á este orate cada mano que ve le parecen dos. Singular manía.

Poco después salía Joaquín á buscar á don Facundo á fin de presentarle á su madre.

—Parece, dijo ésta á sus dos excelentes amigos, el médico y el cura, que ha sorprendido á ustedes mucho lo que nos ha contado Joaquín.

—En efecto, señora... murmuró el R. Padre Diego.

—Señora, en efecto... dijo el doctor, es una historia extraña.

—A mí me ha dejado asombrado, añadió el cura.

—Yo no sé qué pensar, observó el médico.

—Ustedes creen, sin duda, algo extraordinario.

—¡Oh! no señora, no, extraordinario, no.

—No señora, no hay motivo para que V. se alarme todavía.

—Yo, en todo eso que nos ha contado mi hijo veo una mano amiga...

—¿También V. ve la mano?... preguntó con asombro D. Martín.

—Para mí el misterio es más claro que para mi hijo.

—Para mí, señora, es completamente oscuro, observó el P. Diego.

Y en esto volvió Joaquín acompañado de don Facundo, que halló la mejor acogida en personas que habían oído de él recientes y calorosos elogios.

—D. Facundo, dijo el joven, sabe la historia de mi amor.

—En efecto, V., amigo mío, ha tenido la bondad de hacerme su confidente y de pedirme alguna vez consejo. Este buen mozo, señora, añadió D. Facundo dirigiéndose á doña Mercedes, está preocupado, gravemente preocupado con ese misterioso amor, pero yo estoy en el caso

de asegurar á V. que la mujer á quien ama realmente no es una desconocida como él cree.

El P. Diego y D. Martín abrieron los ojos desmesuradamente, fijando la mirada en D. Facundo, y pusieron gran atención en las palabras de éste.

—A quien él ama verdaderamente es á una dignísima mujer, modelo de hermosura y de virtud, á quien ha tenido el honor de conocer aquí, hija del Marqués de la Violeta.

—Pues si mi hijo dice...

—Su hijo de V., señora, dirá lo que quiera, pero yo sé mejor que él á quién ama.

—D. Facundo, por Dios, es cierto que la hija del Marqués es adorable, pero V. sabe que no puedo amar más que á la mujer que me ha escrito estas cartas, á la que me habló aquella inolvidable noche con una voz que debe ser parecida á la de los mismos ángeles; á esa mujer es á quien yo amaré siempre, y á ninguna otra podré amar.

—Amigo mío, dijo D. Facundo poniéndose en pie, ha llegado el momento de que se descubra el misterio que tan preocupado tiene á usted.

—¿Qué dice V.?... ¿Usted sabe acaso?...

—¿Pues no lo he de saber?... Yo sé quién es esa desconocida, sé dónde está, y ahora mismo va V. á verla.

—¡Oh! ¡Dios mío!

El P. Diego y el médico se miraban sin comprender una palabra.

D. Facundo salió, y poco después volvió con una dama enteramente cubierta, que acercándose á Joaquín le dió la mano, aquella mano primorosa que tanto amaba el hijo de doña Mercedes, y con el acento de encantadora melancolía que tan impreso había quedado en su memoria y en su corazón, le dijo:

—¡Amigo mío!...

Luego descubrió el rostro la dama y doña Mercedes se arrojó en sus brazos, exclamando:

—¡Salvadora! ¡Mi querida Salvadora!

Joaquín quedó estupefacto. ¿Cómo había de haber imaginado que su desconocida era la doliente y afligida doña Salvadora, en cuya casa se hospedaba en Madrid desde su llegada?

—Perdone V., dijo doña Salvadora á Joaquín, perdone V todo lo que he hecho y válgame la buena intención.

—Señora..., murmuró Joaquín, y no supo qué decir.

—Esto no ha sido una burla, continuó doña Salvadora; ha sido sencillamente una inocentísima novela con que he querido entretener á usted, creyendo servir así á esta predilecta amiga del alma que me había confiado, llena de angustias y temores, su hijo muy amado.

—Amiga mía, hermana mía, dijo doña Mer-

cedes abrazando y besando otra vez á la excelente doña Salvadora.

—En esta novela, añadió, he tenido un colaborador habilísimo, á quien pertenecen en gran parte la trama y el desenlace. Este colaborador es mi querido hermano político D. Facundo, aquí presente.

—Toda la gloria es tuya, se apresuró á decir D. Facundo, puesto que tuya ha sido la invención.

El médico y el cura se miraban sin adivinar todavía de lo que se trataba. Joaquín no conseguía dominar la turbación que le había causado el inesperado descubrimiento.

—Como estos señores, continuó doña Salvadora dirigiéndose al médico y al cura, parecen asombrados de lo que oyen...

—En efecto, señora, se atrevió á decir el sacerdote, no entendemos una palabra; es decir, no sé si mi amigo D. Martín, que es más aficionado que yo á novelas, habrá entendido ya...

—Confieso mi torpeza; no entiendo gran cosa tampoco, reverendo amigo mío, dijo D. Martín.

—Por eso debo dar algunas explicaciones, prosiguió doña Salvadora. Cuando mi amiga Mercedes me encomendó á su hijo me eché á temblar, porque en ninguna época más peligrosa podía llegar á Madrid un joven rico, lleno de ilusiones, ávido de conocer la sociedad y de entrar en la vida del gran mundo, tan distinta de

la de su pueblo natal y del honrado y tranquilo hogar de sus excelentes y cristianos padres. El riesgo para él era seguro. Solo en Madrid, pronto adquiriría amistades, y adquirir amistades, cuando la amistad verdadera apenas existe ya en nuestra sociedad, ofrecía eventualidades de funestísimas consecuencias. De un joven bueno, cristiano, sumiso, modesto, amante de su familia, se hace aquí con la mayor facilidad un hombre incrédulo ó indiferente, soberbio, libertino, un *librepensador* que piensa, en mi sentir, solemnes desatinos, y los hace, que es lo peor. Era fatalmente seguro que Joaquín tendría amistades muy perjudiciales, y lo primero que me propuse fué que tuviera un buen amigo, y encomendé este honroso papel á mi hermano Facundo, que Joaquín dirá si lo ha desempeñado con celo, lealtad é inteligencia, como se decía antes en los Reales decretos...

—¡Oh, sí! exclamó Joaquín; D. Facundo es un verdadero amigo, y otro no espero tener tan noble y tan digno.

—Yo, siguió doña Salvadora, tomé á mi cargo el papel de la dama de los pensamientos de Joaquín; todo joven impresionable, sensible y bueno como él, tiene una dama de sus pensamientos, porque tiene necesidad de amar y de saber que es amado. En este punto no era menos grave el peligro para un joven de las excelentes condiciones de Joaquín, que sabía poco

de mundo, que se presentaba en Madrid sin conocer lo que es Madrid y lo que hay en Madrid, y que tiene una gran fortuna, que había de excitar la codicia tan desarrollada entre las mujeres, á quienes el ejemplo y el prestigio del lujo han creado tan grandes necesidades que no hay dinero bastante con que satisfacerlas. Era preciso, indispensable, que yo me adelantase á todas las que podían haber impresionado vivamente por sus gracias y sus talentos de salón al inexperto joven, cuya guarda me confiaba su amante madre, y comencé mi campaña, conociendo ya su carácter por lo que Mercedes me escribía, presentándome de una manera misteriosa y excitando su curiosidad, y más tarde su interés, logrando ser la constante preocupación del bueno de Joaquín, que veía con indiferencia á las demás, y si las miraba era sólo con la esperanza de hallar entre ellas acaso alguna señal, algún indicio que le pusiera en camino de descubrir á su desconocida. ¿No es verdad, amigo mío?

—En efecto, señora, esa es la verdad, contestó Joaquín, ya repuesto de su turbación. Mi desconocida era mi preocupación de todos los momentos; por ella estudiaba con doble ahinco; yo quería ser como ella me decía en sus cartas que debía ser, y detrás de ella hubiera ido hasta el fin del mundo. Admiro el talento de V. y su incomparable discreción.

—No tanto, amigo mío.

—Contaré á V., madre mía, añadió Joaquín, todos los detalles de estos amores, y no podrá V. menos de admirar, como yo, á su digna amiga.

—¡Oh! ya la admiro, y comprendo todo el sacrificio que ha hecho por mí.

—No lo llames sacrificio, querida Mercedes; al contrario, el tiempo que ha estado tu hijo en mi casa ha sido un paréntesis en mis penas, un consuelo en mi infortunio. Yo también soy madre, madre sin hijo, ¡ay Dios! madre desventurada, sola en el mundo, condenada á llorar siempre, á no gozar nunca del bien, á no tener otra esperanza que la muerte; dichosa esperanza, porque esa será la hora de ver á mi hijo, de reunirme con mi hijo en el cielo; con mi hijo, que murió cuando había terminado su carrera, cuando era mi alegría, mi orgullo, mi felicidad...

—¡Pobre madre! exclamó el sacerdote, viendo á doña Salvadora romper á llorar con una amargura que partía el corazón de los que eran testigos de tan profundo dolor.

Doña Mercedes lloraba también, y Joaquín, aunque pugnaba por aparecer sereno, también lloraba.

Después continuó entre sollozos la afligida madre:

—¡Hijo mío! ¡pobre hijo mío! Tú no sabes, amiga mía, la horrible historia de la muerte de mi desventurado Rafael. Le mató una mujer;

una mujer tan infame como hermosa, una coqueta miserable, á quien mi hijo perdonó al morir, y á quien yo también quiero perdonar, y todos los días pido á Dios que me dé voluntad para perdonarla. Esa mujer mató á mi hijo, impresionable, noble y leal como el tuyo. La impía se burló de él; cuando él fué á ofrecerla su mano se rió, le despreció... Suponía, sin duda, que mi hijo no podía ganar con su trabajo honrado todo lo que ella necesitaba para la satisfacción de su vanidad y de su coquetería, y mi hijo volvió á casa de su madre herido de muerte en el corazón, y mientras él se moría en mis brazos, ella se vendía á un hombre á quien no amaba, que era lo bastante poderoso para dejar por completo satisfecho su afán de lujo. Ella y yo solamente sabemos de qué murió mi pobre Rafael; á nadie hasta ahora he contado esta triste historia. Comprende ahora, Mercedes mía, cuánto era mi afán para que no le sucediera á Joaquín lo que le sucedió á mi hijo, para que no sufrieras la horrible desgracia que yo sufro. Por eso yo he inventado esa novela, he representado esa comedia para librar á tu hijo de caer en indignas manos, para evitar que amase á quien no mereciera ser amada. Ahora te devuelvo tu hijo tan feliz y venturoso como cuando llegó á Madrid, y sin haberse enamorado más que de una sombra. Con sólo descubrirme el rostro ha olvidado ya todo su amor.

—Pero me queda la más profunda admiración y eterna gratitud, repuso Joaquín.

Don Facundo acabó de referir, con todos los detalles precisos, la novela ideada por doña Salvadora, de acuerdo con él. Y entonces supo Joaquín que las tres sortijas iguales que poseían su madre, doña Salvadora y la hija del marqués de la Violeta, eran conocidas de D. Facundo, porque él precisamenle las había traído de América, regalando una á doña Salvadora, otra al marido de doña Mercedes, que se la regaló á ésta, y otra á la esposa del Marqués, que se la trasmitió á su hija.

—Y para que entiendan ustedes esto, añadió, hay que saber que desde el principio de la novela de este joven, teníamos dispuesto el desenlace. La sortija igual á la de su madre, puesta en la mano de mi hermana, fué la que le hizo fijar más la atención en la encubierta dama, y la otra sortija igual en la mano de la hija del Marqués le hizo creer si ésta podría ser su desconocida; sin esa señal, Joaquín, preocupado siempre con su encubierta misteriosa, no habría fijado su atención en la hija del Marqués, y entonces la novela no habría tenido el desenlace por nosotros deseado.

—¿Cuál?... preguntó doña Mercedes.

—Que Joaquín se casara con la hija del Marqués, que es á quien ama.

—Pero ¿eso es verdad, hijo mío?

—No me atrevo yo á desmentir á persona tan respetable como D. Facundo.

—La hija del marqués de la Violeta es, señora mía, el tipo más perfecto de hermosura y virtud que puede hallarse en el mundo; Salvadora y yo conocíamos sus prendas, y queríamos completar nuestra obra de hacer feliz á su hijo de usted casándole con ella. Y cuando V. la conozca, todo su afán será llamarla hija y verla madre de los nietos que han de alegrar los días de la que será la más digna y cariñosa abuela.

—Si es como V. dice será completa mi ventura.

—Así es, madre mía, añadió Joaquín.—Pero diga V., preguntó á D. Facundo, ¿me dirá usted ahora quien era aquel airado personaje que arrancó de mi lado á la máscara en el Teatro Real, y que tanto se parecía al Marqués de la Violeta?...

—Amigo mío, aquel personaje, si no era yo mismo, no sé quien pudiera ser.

—Nunca lo hubiera imaginado.

—Amigo, para dar interés á una novela hay que apelar á grandes recursos. Vea V. cómo íbamos preparando que viniera V. á conocer á la hija del Marqués. Ella no sabe nada de esta novela, que tiempo tendrá V. de contársela cuando sea su esposo.

—Y á mí también me la contarás, con todos los detalles, dijo el P. Diego, porque debe ser, en verdad cosa curiosa.

—Es lo más sencillo del mundo, señor mío, repuso D. Facundo, y hay poco que añadir á lo que ha oído V.

—Es una novela, observó el cura, en la que la intención es buena y el fin moral.

—Eso sí.

—Pues entonces, por fuerza ha de interesar á los que amamos el bien y la moral.

—Si esta novela hubiera de escribirse, habría que llamarla *Mano de ángel*, observó doña Mercedes, por que la mano de un ángel es la que ha guiado á mi hijo á la felicidad.

Dos meses después, en Montilla, donde el Marqués tiene su casa solariega, se celebraba el matrimonio de Soledad y Joaquín, asistiendo todos los principales personajes de esta narración, menos doña Salvadora, que había vuelto á Madrid á la casa donde había muerto su hijo y donde ella quería morir.

Joaquín y Soledad en dos años han perdido gran parte de su fortuna, porque las iras revolucionarias les han destruído olivares, viñas y edificios, en Andalucía y en Extremadura; pero no por eso son menos felices, por que no hay revolucionario que tenga poder bastante para destruir la bondad de las almas verdaderamente cristianas y la paz de las conciencias que no tienen motivo alguno de remordimiento.

—Vámonos de este país, dice muchas veces el Marqués, donde tan mal y tan injustamente se

nos ha tratado. Vámonos á mi casa de Biarritz.

—No, contesta Joaquín: cuando la patria sufre tanto, no la abandonemos; todavía hay otros más pobres que nosotros; todavía no podemos emigrar, toda vez que aun podemos hacer algún bien aquí.

—¿Bien á ingratos?...

—Hagamos el bien y perdonemos el mal que nos hacen. Cuando hayamos perdido todo lo que nos queda, entonces, que ya no podremos hacer bien, emigraremos, puesto que para nada hemos de ser útiles á nuestros compatriotas.

CONCLUSIÓN.

En una de las calles más bonitas del barrio de Salamanca se veía hace pocos días gran afluencia de gente delante de la puerta de una casa, la misma casa donde estuvo alojado el hijo de la señora doña Mercedes.

Era gente de humilde condición, mujeres con niños en los brazos, ancianos, jóvenes trabajadores.

—Era una santa, decía una madre besando á su hijo; por ella vive este niño. Cuando yo estaba enferma y no podía alimentar á mi hijo, ella, apareció en mi casa y me dió su *mano de ángel*, y tuve para criar á mi hijo y para curarme yo.

—¡Toma! pues á mí ella me compró las herramientas del oficio, y me sacó del Hospicio, donde me llevaron cuando murieron mis padres.

—Ella fué madrina de mi boda, y me libró de la vergüenza de vivir con un hombre y tener hijos sin haberme casado. Y por cierto que desde entonces se hizo Manuel hombre de bien.

—¿Quién me dará ahora la buena comida que ella me daba?... preguntaba tristemente una viejezuela.

—Queda su hermano, contestaba un anciano; también él hace buenas limosnas. Todo el mundo dice que es un pícaro, pero yo le tengo por el hombre mejor del mundo.

—Sí que lo es, añadía otra de las madres allí reunidas; él regaló á mi hijo mayor el aparato con que se le ha corregido la cojera; yo fuí á preguntar cuánto valía, y me dijeron que ni un ochavo menos de tres mil reales. ¿Cuándo lo hubiera yo podido comprar? Mi hijo habría estado cojo toda la vida.

—Ya bajan á la señora, dijo un muchacho, que parecía aprendiz, saliendo del portal.

En efecto; cuatro hombres bajaban á la señora en un ataud forrado de bayeta enteramente negra, sin más cintas ni adornos que una cruz amarilla sobre la tapa. Detrás bajaban D. Facundo y un sacerdote. Ni pobres de los asilos, ni lacayos, ni carro fúnebre, ni coches.

Parecía el entierro de un pobre abandonado de todo el mundo.

Los pobres que esperaban á la puerta de la casa siguieron á los hombres que llevaban el

ataud, y un cuarto de hora después todos penetraban en el cementerio de la Patriarcal.

En el trayecto encontraron mucha gente, muchos coches, mucho lujo. Toda aquella gente miraba con indiferencia pasar el entierro. Muy pocos se descubrían ante aquel ataud que encerraba los restos de una mujer, que había sido la más hermosa de Madrid, la más adulada y festejada, la más digna y caritativa de las mujeres.

Aquella mujer había desaparecido de los salones y de todas partes. Había muerto su hijo. Ya no tenía nada en el mundo, ya no tenía más que el infortunio, y era avara de su dolor; nada quería que la distrajese, nada que lo mitigase.

Cumplido su propósito de salvar al hijo de su amiga de la infancia, su deseo era reunirse con el hijo de sus entrañas, muerto de amor á una indigna mujer, y Dios la llamó á sí para que su alma volara al lado de la del pobre Rafael.

En el cementerio había un nicho capaz para dos cuerpos; sobre la lápida se leía *Rafael.* Cuando llegó el ataud de la madre, levantaron la lápida los albañiles, arrancaron los ladrillos. y junto á la caja que contenía los restos del hijo pusieron la que encerraba los de la madre.

El sacerdote se descubrió, y todos los pobres hincaron en tierra la rodilla y rezaron.

Don Facundo lloraba como un niño.

Cuando todo hubo terminado, D. Facundo dijo á los pobres:

BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

—Gracias, amigos míos. Vosotros me habéis demostrado que aun existe en el mundo una virtud, el agradecimiento. Los que habéis sido favorecidos por la pobre madre que ya está eternamente junto á su hijo, lo seréis por mí en adelante. Ni quiero tener más amigos que vosotros, ni emplear mi fortuna más que en hacer bien á quien lo merezca y lo sepa agradecer.

***

Y aquí termina, lector amabilísimo, esta sencillísima narración, y sólo resta al autor pedirte perdón con la mayor humildad si no ha logrado interesarte con una historia muy parecida á ciertas comedias en las que no pasa nada. Pero, á bien que si no has encontrado aquí el interés que debe tener toda novela, tampoco habrás hallado la horrible pintura de malas pasiones, ni escenas inverosímiles, ni crímenes atroces, ni caracteres siniestros, ni siquiera amores clandestinos y maridos en berlina. Prefiero que digas que en esta novela no pasa nada á que tengas que decir que pasan cosas que no pasan en ninguna parte ó que, si pasan, no hay para qué sacarlas á relucir, como se puede decir con harto fundamento de muchas novelas que corren por el mundo.

FIN DE MANO DE ÁNGEL.

EL CABALLO BLANCO

ESTUDIO DE COSTUMBRES TEATRALES

I

El Protagonista.

No voy á hablaros, pacientísimos lectores, de ninguna comedia de magia que se titula *El Caballo blanco.*

El Caballo blanco que os presento es el animal más inofensivo que se conoce, es el hombre que de buena fe y sin saber lo que hace, como los judíos de antaño,—que los de ogaño saben todo y un poco más de lo que hacen, sacrificando al prójimo que, en lugar de ahorcarse, acude á su munificencia,—emplea su dinero en sostener un teatro, no por amor al arte, sino alucinado por la gente del oficio, que le promete el oro y el moro, como resultado preciso de la especulación que emprende, ó por el gustazo de conocer de cerca á las actrices y á las bailarinas, y ver el teatro de bastidores adentro.

Pocas especulaciones hay que exijan tanta inteligencia, tanto conocimiento del público y del negocio, y tanta energía, y tanta serenidad, como la que se propone quien se hace empresario de un teatro, aunque éste sea el de mejores condiciones y el más favorecido por la literatura y el público.

Por eso hay pocos especuladores que se hayan enriquecido siendo empresarios de teatro.

Ninguna industria está más sujeta á quiebras, ninguna es más aventurada y más ocasionada á crisis de todo género, y en ninguna fallan con tanta facilidad los planes que parecen más seguros y los cálculos que parecen más realizables.

La gente del oficio sabe todo esto perfectamente, y ella misma ha inventado la denominación con que se distingue al que acude con su dinero á evitar el *trueno* de una empresa que no puede más, ó á sostener una *compañía* que amenaza disolución. Se le llama *Caballo blanco*, que es como si se dijera *primo*, tonto, inocente, etcétera, etc.

Yo tengo un amigo que ha sido *caballo blanco* y él mismo podrá enterar á ustedes del pro y el contra, de las ventajas y perjuicios de esa profesión, para la que se necesita una serenidad á lo Epaminondas, ó una inteligencia á lo bobo de Coria.

«Tres años há, me decía el tal hace pocas noches, vivía yo libre, feliz, independiente con mi

pacífico empleo de secretario de un juzgado de paz, ocupado sólo en citaciones, emplazamientos, notificaciones, embargos y demás actos propios de mi cargo; pero el demonio, que no puede ver la paz, y sobre todo en los juzgados, me tomó por su cuenta y se propuso aumentar la interminable lista de sus víctimas con el infrascrito secretario.

Una mañana se me presentó en la secretaría una mujer, que dijo ser planchadora, y pretender entablar contra una doña Manuela, de esta vecindad, la reclamación legal de 49 reales que la tal le debía de enaguas planchadas, no por los 49 reales, que ella era capaz de dárselos á un pobre, ó gastárselos en justicia, sino por no pasar plaza de tonta, y porque no se riera de ella aquella doña *Sin Gustos*, que parecía el mismo enemigo, con una cara como una alcuza, y con las narices llenas de rapé, y siempre con que su hija era esto ó lo otro, y con que la echaban ramos, y la hacían salir á las tablas, y la pretendía un general, y era el ojito derecho del público.

Oí todo lo que quiso decir la demandante, y extendí la papeleta de citación con el celo debido en cuestiones que lo menos que producen es veinte reales de vellón, y un dignísimo alguacil se encargó de llevarla á su destino, con la exactitud propia de esos dependientes de la justicia que tienen el agradable oficio de dar malos ratos á sus prójimos.

Las tres acababan de dar, el día siguiente, cuando entró en el juzgado la planchadora, acompañada de un hombre que podría ser *bueno*, pero que tenía todo el corte de colegial de Ceuta ó Melilla, y poco después compareció la demandada, seguida de una joven que, aunque, como ví luego, era de la piel del diablo, podía cambiarse por todos los hombres buenos que han prestado juramento ante todos los jueces del orbe cristiano.

A la sazón celebrábase otro juicio entre uno que había vendido un canario á otro, que lo había comprado en la inteligencia de que el canario cantaría los imposibles, y en diez días no había logrado que el animalito se diera por entendido, de lo cual deducía mi hombre que el canario no cantaba, y que había habido notorio engaño por parte del vendedor, que, al entregarlo aseguró que apenas amanecía Dios no se podía parar en la casa con los gorjeos, trinos y fermatas del pajarillo.

El negocio era árduo, y el canario, que allí estaba presente, se obstinaba en no resolverlo: el vendedor y el comprador eran tercos, y después de dos horas, no resultó avenencia, á pesar de las buenas razones del juez, y hubo de darse por terminado el juicio, dejando, por supuesto, al demandante la facultad de acudir con su reclamación al de primera instancia, ó á la Audiencia, ó al Consejo Real, ó á la corte pontificia.

Tocó el turno á la planchadora, y á doña *Sin Gustos* como decía la demandante, y el juez, oída la queja de la acreedora, y no admitida la disculpa de la deudora, sentenció que ésta pagase en el término de tercero día, con más las costas; pero la joven que hasta entonces había permanecido muda, sacó del bolsillo 49 reales, y los tiró sobre un banco, diciendo á la que le planchaba las enaguas:

—¡Tome usted, señora!

Y dirigiéndose al juez y á mí.

—¡Queden ustedes con Dios!

Y salió, seguida de su madre, con el mismo continente que Matilde Díez, en *Isabel la Católica*, cuando exclama: «¡Segovia, de rodillas!»

Aquella vez fué, amigo mío, la primera que yo, el infrascrito secretario, me puse de parte de la parte más flaca; aquel juicio dió al traste con el mío, y aquella mujer me hizo comprender, sin decirme una palabra, que no hay argumento tan poderoso como una mirada de unos buenos ojos, ni disposición en la ley de Enjuiciamiento que pueda aplicarse á sangre fría á una pecadora tan pecadora que, como aquella, puede hacer pecadores á todos los legisladores del mundo.

Desde aquel día seguir la huella de tan poderosa hermosura fué mi constante ocupación; maldije las costas, y los embargos, y las notificaciones, y me pasé horas enteras paseando la

calle donde vivía aquella mujer, destinada á robar á la justicia el más celoso, y más listo y más decidido secretario.

Para abreviar; una noche la ví salir sola de su casa y me decidí á hablarla.

Coloqueme á cuatro pasos de distancia, y comencé:

—«*¡Benditos sean los cuerpos buenos! Oiga V., niña, ¿no tiene V. miedo de salir sola?*»

Y comenzó á llover, yo llevaba paraguas y se lo ofrecí y al ofrecérselo me conoció la indina.

—«¡Calle! ¡el *alguacil!*»—exclamó con un acento más dulce que el suspiro de una sirena.

—«Alguacil, no, prenda; soy secretario, para lo que V. guste mandar.»

Y me puse á su lado cubriéndola con el paraguas.

¡Oh implacable é infalible Astrea! perdona á este hijo indigno lo que entonces dijo de tí.

Yo dije que en la justicia había abusos, y que los jueces abusaban y que abusaban los alguaciles, y que contra todo mi gusto ejercía el cargo de secretario, y que á costa de mi vida quisiera no haber sido el conducto por donde recibió la madre de aquella hurí del paraíso la papeleta de citación, y en mi locura hice propósito de la enmienda, y ofrecí abandonar á la primera ocasión mi puesto, y desde aquel instante mismo consagrarme al culto de la hermosura de aquella obra de la naturaleza.

Sin que sea vanidad, estuve á la altura de las circunstancias', y la niña no me consideró costal de paja; pero antes de lo que yo hubiera querido, hube de separarme de ella, que entró por la puerta del escenario en un teatro, de cuya compañía de baile formaba parte. Ya adivina V. lo que yo hice: comprar una butaca, leer el cartel, en el cual se anunciaba, entre una comedia y un sainete, el baile nuevo titulado *Las majas de rumbo en el Puerto de Santa María ó la estrella de Andalucía*, y entrar en el teatro.

—¿Hay mucha gente? pregunté al entrar á un dependiente del juzgado, que por la noche era acomodador en aquel teatro; y me contestó:

—«No, señor; no hay más que alabarderos (1).»

Creí de buena fe que, por cualquier acontecimiento fausto, habrían convidado aquella noche á los individios de tan benemérito cuerpo; pero hube de creer todo menos eso, cuando ví en las butacas y en los palcos señoras, caballeros, y niños sin uniforme y sin distintivo alguno: la curiosidad me hizo preguntar á un joven sentado en la butaca próxima á la mía.

—«Aunque sea mal preguntado, ¿me hace us-

(1) Sabido es que, antiguamente, siempre que el rey asistía en Madrid al teatro, iban con él, y se colocaban á los dos lados del telón de boca dos alabarderos, á quienes, como pueden suponer nuestros lectores, no se les exigía entrada Este es el origen de la denominación, que hoy se da á los que tienen entrada gratis en los teatros.

ted el favor de decirme dónde están los alabarderos?»

El joven me miró con cierto enojo, y me volvió la espalda.

Pero una señora, que estaba detrás con dos niñeras y un ama de cria, contestó:

—¡Los alabarderos! ¿lo dice V. por nosotras, caballero?

Lo que menos me figuraba yo era que aquellas mujeres podían ser alabarderos; pero el acomodador citado, á quien en el entreacto fuí á pedir una explicación, me dijo que se llamaba alabarderos á las personas que entraban en el teatro sin billete, ó por lo menos sin comprarlo, y que aquella noche apenas habría 500 reales de entrada, cosa que sucedía en aquel coliseo con lastimosa frecuencia sin que se pudiera saber á qué atribuirlo, porque aquellos eran los mejores actores y las mejores también las obras que se ponían en escena.

No me pareció mal la institución de los alabarderos; pregunté quién era el encargado de dar los nombramientos, y mi dependiente me dijo que los que merecían esa distinción eran autores dramáticos ó periodistas, ó músicos, ó actores de otros teatros, las familias de los empleados, ó amigos del empresario, etc., etc.; y quien en aquella época podía admitir alabarderos era el primer actor y director de escena, porque la empresa había *tronado*, y los empresarios eran los

mismos actores que *estaban á partido* bajo la dirección de aquél; pero á renglón seguido me indicó que no me molestase en procurarme la alabarda, pues el teatro se iba á cerrar de un día á otro, porque la orquesta no quería continuar si no le pagaban tres *quincenas* que le debían, y la primera dama había firmado una escritura para Guadalajara, y el barba no quería trabajar en un drama que se estaba ensayando traducido por el gracioso, y el primer bailarín se había dislocado un pie en el baile *Los marineritos de la tierra*, y las bailarinas no querían seguir, porque no ganaban á partido ni para zapatos, ni siquiera para almidonar las enaguas, y el poeta D. Diego había retirado una comedia muy bonita para llevarla á otro teatro, y la empresa del gas se negaba á alumbrar si los actores no le *alumbraban* puntual y religiosamente; y en fin, porque el público había perdido el gusto, aficionándose á los caballos del circo ecuestre, y un jugador de manos estaba haciendo el caldo gordo á la empresa de otro teatro.

Volvió á levantarse el telón, y continué presenciando con grande impaciencia todo lo que pasaba en casa de una familia, á la que no tenía el gusto de conocer, y en la cual había una muchacha que quería á un muchacho, y el padre no quería que le quisiera, y ella erre que erre, y el padre aconsejándola siempre que quisiera á otro, amigo suyo y muy feo, y ridículo por más

señas, y ella como si oyera llover. Y antes de que se resolviera esta gravísima cuestión, vino la criada, dijo que la sopa estaba en la mesa, y la familia toda se fué al comedor, y volvió á correrse la cortina.

En el tercer acto, el padre tenía diez años más, y no hacía más que lamentar la ingratitud de su hija que había huído de la casa paterna con el novio: pero de pronto asomaba por entre dos montañas una mujer, seguida de una criatura, al entrar en la escena, decía: *¡Ah!* á cuya exclamación contestaba el padre *¡Oh!*—bajaba al proscenio aquella infeliz, y se acercaba al abandonado padre, exclamando *¡Una limosna!*—*¡Mi hija!* decía el padre, y daba un paso atrás.—*¡Mi padre!* contestaba la hija, y ocultaba el rostro entre las manos.

Seguía una escena muy tierna que hacía llorar á las alabarderas, y venía á poner término á aquella situación el novio desdeñado en el segundo acto por la niña que, olvidado de todo, le ofrecía alma, vida, corazón y mano, con lo cual todos se abrazaban, y caía el telón.

Seguía el baile; el entreacto me pareció un siglo; tan impaciente estaba yo por analizar las perfecciones de mi adorada, vestida de *estrella de Andalucía*.

Pero al fin sonó la campanilla, desapareció la concha del apuntador, se levantó solemnemente el telón y sonaron las castañuelas.

Clavé los ojos en el escenario, y ví sentadas alrededor de una mesa, sobre la cual había vasos y botellas, hasta seis bailarinas, entre las cuales estaba mi conquista, muy serias, y como si en su vida hubieran roto un plato; y apoyados en los respaldos de las sillas otros tantos bailarines jacarandosos en actitudes más ó menos graciosas, y vestidos ni más ni menos que los banderilleros de la plaza.

Así permanecieron algunos instantes, hasta que, á una señal del director de orquesta, ellos se hicieron atrás, y ellas se pusieron en pie y ahuecándose las enaguas y requiriendo las castañuelas, fué á colocarse cada una enfrente de cada uno; y adelantando ellos el pie izquierdo y ellas el derecho, comenzaron á bailar, que era lo que había que ver.

La dueña de mi corazón estaba radiante de hermosura, y yo seguía con avaros ojos todos los quiebros de aquel cuerpo, y todos los saltos de aquellos pies, y todos los movimientos de aquellos brazos, saltando también á compás en mi butaca, y haciendo grandes esfuerzos por contener mi entusiasmo y mi admiración en los límites que, sólo los indiferentes, los que nunca se han enamorado de una bailarina, los que jamás han podido comprender la sublimidad del arte, pueden no traspasar.

Y ella, amigo mío, ella no bailaba aquella noche para los alabarderos; bailaba para mí.

Bien claro me lo decía con los ojos; bien me lo demostraba cuando con una coquetería arrebatadora alzaba el pie á la altura del talle, y lo dirigía recto hacia mi butaca.

Hubiera dado el importe de todas las costas que se cobran en un siglo en los juzgados de Madrid, por hallarme solo en el teatro en aquel momento enfrente de aquel benemérito cuerpo de baile.

La orquesta varió de tono, y cesaron de moverse las parejas, que acudieron á recibir á otro torero que, muy embozado en su capa encarnada, y con los avíos de matar en la mano, apareció por el foro: saludáronle todos con grande acatamiento, y le rodearon para oir lo que el tal les dijo, que debía ser muy bueno á juzgar por el interés y la satisfacción con que le escuchaban, satisfacción que expresaron unas y otros haciendo corro y bailando alrededor del recién venido, á quien momentos después siguieron todos ocultándose á la vista del público.

A la vista se cambió también aquella decoración por un telón de calle, en la cual volvieron á aparecer damas y caballeros, y á bailar delante de la puerta de una casa á la que se llegó el de la capa encarnada, y llamó con cierta mesura y como quien no quiere asustar al pacífico vecindario.

La puerta permaneció cerrada, y las parejas continuaron su baile, y el de la capa encarnada,

apoyado en la puerta y en actitud de quien medita un proyecto gravísimo y de aventurada ejecución; pero de repente el de la capa, que sin duda había dado en el quid, dió dos pasos adelante, y con solemne ademán, indicó á su gente que despejase la calle, orden que se obedeció sin más oposición que unos cuantos pasos á compás y otros tantos golpes de castañuelas.

Allí quedó el héroe del *poema*, reflexivo y meditabundo otra vez, embozado en la capa, y sin quitar ojo de la dichosa puerta; pero, en fin, hubo de decir para sus pantorrillas: *pecho al agua*, y resueltamente dió tres golpes con el llamador, y la puerta se abrió y entró en la casa mi hombre.

No tardó mucho en salir, no reflexivo y taciturno como antes, sino alegre y animado, como si acabara de descabellar á la primera el toro más guapo de los que se lidian en la plaza; tomó la actitud más macarena del repertorio, y se puso al lado de la puerta, como si ésta fuera la del toril, y esperara otro toro para echarle una capa.

Los violines preludiaron un aire dulce como la brisa de Abril, y salió el toro, es decir, el toro precisamente, no, pero sí la protagonista del *drama*, la reina de la función, la *maja de rumbo*, más maja y de más rumbo, la *estrella de Andalucía*, en fin.

¡Qué diálogo tan interesante entre ella y él!

¡Qué bien expresaba él el amor!
¡Qué bien expresaba ella los celos!
¡Qué grandeza de alma la de aquella mujer!
¡Qué hidalguía la de aquel hombre!

Y todo esto lo expresaban con los pies, con los brazos, con la cintura, con los ojos.

Él tendía la capa á los pies de su reina; ésta la pisoteaba, y luego se la ponía, y después parecía como que con ella toreaba al dueño de su albedrío, y á éste se le caía la baba, y el público estaba con la boca abierta, y unos caballeritos que se hallaban en los palcos de proscenio aplaudían frenéticamente, y daban vivas á la *gracia*, á lo *bueno*, á la *sal*, y ella parecía agradecer tales muestras de entusiasmo, y él no se daba por entendido, ni se escamaba siquiera al ver objeto de tanta lisonja al planeta, de quien era, por lo visto, el satélite más inmediato.

Aquella escena terminó como todo en este mundo: ella y él desaparecieron muy agarraditos del brazo, y en la mejor armonía. Y también desapareció el telón de calle, para descubrir una especie de jardín, que no era el de las Hespérides, en el cual volví á ver á las seis parejas de la primera parte, y entre ellas, por supuesto, la citada por mí, el infrascrito secretario.

Volvieron á bailar ellas y ellos y no lo dejaron hasta que la *Estrella de Andalucía*, acompañada de su cuyo, se manifestó en medio de tan distinguida reunión. Saludáronla los hombres con

un golpe en la pandereta, y las hembras echando al aire el pie derecho, y levantando con la mano izquierda la breve falda, después de lo cual tomaron asiento unas y otros, y la heroina se preparó á lucir todas sus dotes de artista consumada, como lo hizo, bailando un monólogo, lleno de delicados *pensamientos*, y capaz de conmover á los mismos Eforos de la antigua Esparta.

Salió después á hacerle algunas observaciones el de la capa encarnada, y entablóse entre los cuatro pies de los dos interlocutores un diálogo muy animado, en el que cada cual echó el resto, y que debió llevar el convencimiento al ánimo de los alabarderos, porque todos manifestaron unánimemente su aprobación.

Aquel baile hubiera sido una obra completa, si su autor hubiese tenido más en cuenta la lógica para el desenlace del argumento; pero terminaba con un paso general de todos los personajes que habían intervenido en la acción, lo cual era lo mismo que si al fin de una comedia hablaran todos los actores á un tiempo.

Sólo pude advertir que al empezar á caer el telón, la *estrella de Andalucía* inclinaba el cuerpo sobre el poderoso brazo del mocito de la capa encarnada, y se sostenía en la punta del pie derecho, dejando en el aire el izquierdo á una altura bastante peligrosa.

Esta sería, sin duda, la moraleja.

Salí del teatro, y me coloqué á la puerta del escenario, esperando que mi sílfide saldría para volver á su casa.

Y salió, efectivamente, pero acompañada de su respetable madre, á quien no juzgué prudente acercarme, avergonzado como me hallaba de haber instruído las primeras diligencias en el proceso entablado por la planchadora.

Seguí los pasos, y pude oir lo que madre é hija decían:

—¿Te han pagado, Adela?

Mi ídolo se llamaba Adela.

—Dicen que mañana.

—¡Sí! ¡mañana! ¡la de San Juan! Pues, hija, para bailar y no ganar nada, más vale que te dediques al canto.

—Pero, mamá, si no sé cantar.

—¡Bah! ¡Bah! pues bien cantas en casa todas las zarzuelas y aquello de *don Simón*. Verás como se lo digo yo al maestro y te mete en los coros. Para salir allí á dar cuatro voces no hace falta mucho. ¿Pues no ves que el baile nacional está perdido? Ahora no gusta más que el baile francés: antes una bolera ganaba lo que quería: pero chica, desde que vinieron madame *Buy* y madame *Fosco*, y todas esas *franchutas*, no se aprecia el baile, el verdadero baile. ¿No vale más un fandango, bien repiqueteado, que esos *patatús*, que parece que se estan muriendo?...

—Deje V. madre, que ahora anda buscando

el director un *caballo blanco*, y si le encuentra nos pagarán corriente.

—Sí, sí, buenos están los tiempos para *caballos blancos*.

Toda aquella noche la pasé pensando qué podría ser un *caballo blanco*, bien ajeno, amigo mío, de que yo había de llegar á serlo por mis pecados.

Excuso decir á V. que todas las noches que bailaba Adela, asistía yo al teatro, pagando, por supuesto, la entrada; pero lo que no le ocultaré es que Adela se aficionó á mí, y que logré entrar en los pasillos de los vestuarios, gracias á su influjo, y que me proporcionó ocasión de conocer al autor de los bailes, que era el mismo de la capa colorada, y á todo el cuerpo coreográfico: los bailarines eran todos gente franca y campechana, y me dieron grandes pruebas de amistad y simpatía, acompañándome al café de Venecia y á los *Andaluces*, y permitiendo siempre que yo pagara el gasto, y ponderándome las relevantes prendas de Adela, á quien todos trataban con envidiable confianza, llamándola de tú, y permitiéndose en su presencia un lenguaje no muy escogido, lo cual no me extrañó viendo que lo mismo hablaban delante de las demás, y que de bastidores adentro era cosa común y corriente aquel vocabulario especial, por más que, según todos los autores, en el teatro se debe usar el lenguaje más puro, castizo, correcto y decoroso.

Llegué en fin, amigo mío, á perder el juicio, y á no pensar en otra cosa que vivir en el teatro.

No me hice bailarín, porque, en confianza, tengo las piernas lo mismo que palillos de tambor, tan estrechas de arriba como de abajo: no me hice cómico, porque nunca he sabido *cortar bien el verso*, y porque la única vez que trabajé, allá en mis años verdes, haciendo el monge de *El puñal del godo*, en Móstoles, me dieron una silba como para mí solo; pero pensé muy seriamente en hacerme empresario.

Durante un mes estuve dando tormento á la imaginación, impaciente por hallar un medio de realizar mi proyecto, pero todas mis ilusiones se desvanecían ante la triste realidad de la escasez de mis recursos.

Mi deseo se convirtió en una verdadera monomanía, y hasta el mismo juez de quien yo era indigno secretario, pudo advertir mi locura, porque nada hacía á derechas en las funciones de mi cargo, y embrollaba todos los asuntos, y en lugar de papeletas de citación, solía escribir títulos de bailes, ó citaciones para paso de papeles, ó listas de funciones, ú otros excesos.

Un día fuí á requerir á una marquesa para que pagara unas costas, y en vez de cumplir con mi oficio, la dije muy serio:

«Señora, V. tiene mucha gracia, y hace prodigios con el índice del pie izquierdo, pero la em-

presa no puede ofrecer á V. más que dos duros por función.»

Un caballero que estaba de visita, me quiso sacudir, la señora llamó á un lacayo para que me tirara por el balcón, y yo, advertido de mi error, tuve que pedir humildemente perdón y conceder á la marquesa mayor término que el señalado en la ley para hacer el pago, remediando de este modo mi falta.

Otra vez, á un promotor fiscal muy respetable, que fué al juzgado como hombre bueno de otro respetable señor, le dije:

«Es preciso que haga V. su salida con *Los celos del tío Macaco*; disponga V. el ensayo.»

Los dos se indignaron, y poco faltó para que no produjeran contra mí una queja en debida forma.

Otro día fuí á hacer un embargo á casa de un cesante, y apenas ví salir á éste, sin saludarle siquiera le dije.

«Amigo mío, es preciso que al momento ponga V. en estudio la comedia nueva *El año del hambre ó al perro flaco todas son pulgas*, porque ya ve V. que con *Lo mejor es el empleo ó el empleo eterno*, nos hemos llevado chasco, porque no da entradas.»

El cesante se puso furioso, se desató en improperios contra la justicia y sus dependientes, y quiso vengar la burla, probando en mi cabeza el temple de un sable de caballería, que con-

servaba como glorioso recuerdo de la época en que había sido cabo de carabineros.

Yo logré aplacarle, uniendo á las diligencias un escrito, en el que aseguraba que el cesante no tenía sobre qué caerse muerto, y que el embargo se había intentado, pero no se había verificado, que era lo mismo que decir á sus acreedores: «¡Ustedes perdonen! ¡No hay de qué!»

Es probable que si hubieran pasado dos meses más, en lugar de venir á ser *caballo blanco*, hubiese venido á parar en una casa de Orates.

Pero un día, al volver de acompañar al ensayo á la pecadora Adela, ví á la puerta de una lotería un cuadro, en cuyo centro se destacaba el número quince mil y tantos, premiado con 50.000 duros, é igual á otro que yo tenía impreso en un billete de aquel sorteo.

Dí un salto que creo que llegué al piso segundo de la casa de la lotería, corrí al juzgado, donde estaban mis compañeros de suerte, y aquella misma tarde me despedí con el alma agradecida de la casa de la justicia, decidido á vivir de mis bienes y á asegurarme la vida con los 10.000 duros que me correspondían, como uno de los cinco poseedores del número favorecido.

Los demás siguen en sus oficios respectivos, y hoy tienen hecha su fortuna.

Yo corrí al teatro, impaciente por decir á Adela y á todo el mundo que era dueño de 10.000 duros, y me perdí, amigo mío.

Los individuos de aquellas compañías dramática y coreográfica, eran todos grandes metopóscopos, porque habían conocido sin duda por mis facciones mis inclinaciones.

Hacía falta un *caballo blanco*, y yo fuí este animal, con perdón de usted.

Y si no le cansa mi relación, referiré á usted, con todos sus detalles, lo que pasó por mí y por lo que yo pasé durante esa época fatal de mi vida.

II

Consumatum est.

Pues como decía, corrí al teatro deseoso de anunciar á Adela mi fortuna loca, pero me hallé desagradablemente sorprendido con la novedad de que por indisposición de una actriz no podía verificarse la función anunciada para aquella noche. Á la puerta del teatro había algunos grupos, y en ellos descubrí varios de los profesores de la orquesta,—que todos los músicos son profesores,—el copiante, cinco ó seis *asistencias*, algún bailarín, el alumbrante, los recibidores de billetes, y tres ó cuatro *partes de por medio*, es decir, *actores* de estos que salen á decir: «*¡La sopa!*» «*El coche está á la puerta*,» «*S. E. no recibe*,» etc., etc.

Todos hablaban á un tiempo, y con gestos y ademanes, poco artísticos en verdad, demostraban estar dispuestos á realizar un proyecto grave y transcendental.

Creí un momento que aquella buena gente intentaba algún golpe de mano contra el gobierno

y las instituciones, y que lo que se disponía á hacer era emprender por estas calles de Dios á tiros y palos, ó formar una barricada á la puerta del templo de Talía; y esta creencia mía no era enteramente infundada, puesto que, como he tenido ocasión de observar, el sexo feo del teatro es un poco dado á intervenir en motines y asonadas, y á manifestar su patriotismo con *vivas y mueras* y otras voces subversivas, siempre que se le presenta ocasión.

Permanecí perplejo un instante, y no sé si yo, que tan pacíficos instintos había adquirido en mi juzgado de paz, me hubiera resuelto á acercarme á los grupos, si uno de los músicos, que me conocía ya, no hubiese llegado á mí y tomado la molestia de explicarme lo que ocurría.

—¿Cómo no hay función? le pregunté.

—¿Función? ¡Buena función se va á armar luego!, me contestó, probando á encender en mi magnífico habano un cigarrillo más insensible á la acción del fuego que una piedra de Colmenar.

—Pero hombre, le observé, recordando que yo era dueño de 10.000 duros, y sospechando que aquella plebe trataría de establecer la oclocracia ó cosa por el estilo, ¿no conocen ustedes que van á salir con las manos en la cabeza? ¿Les parece á ustedes que el pueblo sensato secundará el movimiento revolucionario?

—¡Qué movimiento, ni qué calabazas! repuso

admirado el profesor de la orquesta, que era el que tocaba los timbales.

—Pues ¿qué intentan ustedes?

—¡Qué! Nada que no esté en el orden: queremos que nos paguen, y si no nos pagan hoy mismo, le rompemos la cabeza al director. ¡Pues qué! ¿Le parece á V., señor, que estemos días y días tocando á más y mejor, y no cobremos un real, mientras que entre la dama y el galán se llevan todo lo que entra en el despacho? Digo ¡y nosotros! que el que menos tiene cinco ó seis criaturas que le piden pan...

—Es claro, añadió llegándose á nosotros una de las partes de por medio; y no sólo eso, sino mil gastos que tenemos los artistas. Ya ve V., no nos hemos de presentar delante de un público, como en casa ó en la calle; tenemos que vestir bien, porque de vestir bien es de lo que más debe cuidar el actor.

El que así hablaba se vestía casi siempre de librea, porque casi siempre hacía papeles de cochero, lacayo, ugier ó portero.

—Si no les pagan á ustedes, será porque no puedan, repuse queriendo aplacar las iras de aquellos rebeldes.

—Pues que hagan un poder, ó cierren el teatro.

—¿Y no habrá medio de arreglarlo todo?

—El dinero es el medio mejor, contestó el músico.

—Pero el medio de tener dinero, observó otro músico que poco á poco se había ido acercando, ya lo propuse yo el otro día, y si se adoptara, es seguro que la gente vendría al teatro y tendríamos veinte *llenos* seguidos, con lo cual todo podría marchar después como un reló.

—¿Y cuál es ese medio? le dije.

—Es muy sencillo; poner en escena una de las diez óperas españolas que yo he compuesto, y que por envidia, no por otra cosa, no me quieren admitir en el teatro Real ni en la Zarzuela.

—¿Y V. se promete?...

—¡Oh! sí, señor, mi ópera daría buenas entradas; porque, lo que yo digo, el día que el público oiga buena música y comprenda perfectamente la letra escrita en castellano, no tenga usted duda, la ópera italiana habrá perdido el pleito para siempre. ¿Por qué no va nunca mi mujer al teatro Real? Por eso; porque, como ella dice, la música muy bonita, sí señor, las decoraciones primorosas, los trajes muy vistosos... pero que se queda uno en ayunas del argumento. Pues hágase V. cuenta de que lo mismo que mi mujer dice el público.

—¡Eh! no le haga V. caso, añadió el profesor; éste está loco con sus óperas y no sabe lo que se dice.

—Lo que aquí convenía, dijo el guardarropa terciando también en la conversación, era tener una comedia de magia, ó un drama como *Los*

teatro abrevia siem-
dias viejas, ó *El tenor*
La Pata (la de *Cabra*, por
no obscuría mucho, porque

Bernardo, pero la gente de
pre los títulos de las co
moto, o volver á saca
sapatos), lo cual

para mi beneficio, verán ustedes cómo la cosa varía de aspecto.

—Hola, le interrumpí: ¿conque V. también escribe comedias?

—¡Bah! sí, señor, me contestó: ya hay muy pocos actores que no sean literatos también, y día llegará que no se representen más obras que las que nosotros mismos compongamos.

—Es decir, que quiere V. imitar á Rojas y á Molière...

—No conozco á esos señores más que para servirles; yo no quiero imitar á nadie; el actor debe tener su estilo propio, especial, espontáneo... Pues sí señor, esa comedia mía...

—¿Cómo tuya?... le interrumpió una parte de por medio, si la has traducido del francés, y te la ha puesto en verso el apuntador, que tiene un hijo que es cajista de *La Regeneración*, y ha aprendido á hacer versos, sin otro maestro que las composiciones que alguna vez le dan á componer para el periódico.

—¡Bien, lo mismo da! exclamó el gracioso, á quien no hizo mucha gracia la observación de aquel émulo de Talma.

—¿Y es de costumbres la comedia de V.? le pregunté para tranquilizarle.

—Sí señor; yo me visto de mujer en el primer acto; en el segundo de marroquí, y en el tercero hay una acción de guerra, y me ponen en capilla.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

—¿Y no le fusilan á V.?

—No, señor; me escapo de la capilla, vestido con el traje de una aldeana, que está enamorada de mí, y que se queda en mi lugar vestida con el mío.

—¿Quiere decir que ejecutan á la aldeana por equivocación?...

—No, señor; cuando la van á sacar, viene el perdón del rey...

—¿De qué rey?...

—De Felipe IV; he puesto este rey, porque es el que siempre se pone. En la comedia francesa no hay rey, porque la acción es en tiempo de la república; yo he puesto en lugar de Robespierre á Felipe IV.

—¡Bien hecho! le dije sin poder contener la risa, á pesar de que nunca he sido muy fuerte en cuestiones de conciencia literaria y de buen gusto.

—Por lo demás, continuó el gracioso, para convencerme más plenamente de su ignorancia, lo mismo dice Felipe IV en la comedia mía, que Robespierre en la francesa.

—¡Qué más da! contesté.

—No tenga V. duda que la comedia tiene por fuerza que hacer efecto.

—¿Y no teme V. la crítica de los periódicos?

—¡Bah! ¡bah! como quien oye llover oigo yo lo que dicen los periódicos. Este año la han tomado conmigo, y todos los días me ponen de

ignorante que no hay por donde cogerme; pero á mí por un oído me entra y por otro me sale: el público me aplaude siempre, y yo, en gustando al público, maldito si me importa un rábano lo que digan de mí los periodistas. ¡Que vengan ellos á hacerlo mejor!

—¡Vamos! exclamó con socarronería uno de los bailarines, que bien te amoscas cuando te dicen alguna claridad.

—¡Hombre! es claro, en el primer momento; ¿quién puede ver con calma que le pongan como hoja de peregil?... pero luego lo reflexiono, y los desprecio. Yo estoy acreditado ya, y el público, en cuanto me ve salir, ya se está riendo. A buen seguro, que yo no tengo nunca un sueldo menor de trescientos reales diarios, y los periodistas ganan poco más al mes.

—¿Gana V. 300 reales diarios?

—Cuando menos, sí señor; que he tenido temporadas de ganar 400, y sin hacer más que una función nueva cada mes.

—Pues entonces, si V., que no hace más que representar un papel de la comedia, gana tanto dinero, y relativamente los demás actores que en ella tomen parte, el que la escriba ganará tres ó 4.000 reales diarios.

—¡Qué disparate! El que la escribe gana durante veinte ó treinta días en todo un año, si la comedia es muy buena, un tanto por ciento que no iguala á mi sueldo.

—No me parece muy equitativo todo eso.

—Pues amigo, eso es lo que sucede.

—¿Luego no se puede, siendo autor dramático, aspirar á vivir desahogadamente?...

—¡Oh! eso sí señor; los autores dramáticos son, pongo por caso, como los memorialistas; el que más escribe, es el que más gana. Para hacer una buena obra dramática que, según todos dicen, es lo más difícil en literatura, se necesita mucho talento, mucho estudio y mucho tiempo; los que estudian mucho y no se apresuran para concluir su trabajo, pueden hacer una comedia cada año, con lo cual, si la comedia *da dinero*, que no todas las obras buenas lo suelen dar, ganan una cantidad igual á la que puede ganar un escribiente primero de un ministerio, ó un capitán de infantería. Estos autores no echan coche con la literatura; pero los que escriben una comedia cada mes, tomando una escena de aquí y una situación de allí, y pagando á fulano tanto más cuanto por versificar un acto, y á un mismo tiempo zurcen dos, si es posible, y traducen todo lo que tiene buen éxito en París, y ofrecen á la empresa un drama, por ejemplo, para el 1.º de septiembre, una comedia para el 15, otro drama para el 30, y un *arreglo* para octubre, y ocho piezas para los ocho meses de la temporada, y tienen en la prensa tres ó cuatro trompeteros que les prodiguen el *bombo* y cada dos días anuncien que Fulano va á escribir una

comedia, que la ha escrito ya, que va á leerla, que ya la ha leído, que va á gustar, que ha gustado, que gustará en todos los teatros del mundo... esos, señor, esos suelen ganar buen jornal, porque, como escriben muchas, uno ó dos fiascos en cada tres, no les perjudican gran cosa, y como á fuerza de escribir sin descanso, y de publicar su nombre en carteles y periódicos, el público llega á conocerlos y á acostumbrarse á ellos, quedan por dueños de la escena, de la que se alejan los modestos, los que no quieren adular á los actores, ni mendigar su protección, los que no ofrecen comedias á menor precio que el establecido en la ley, como lo hacía antes, según parece, uno de los que más despropósitos han regalado á la escena española, y que debe haberse retirado ya á la vida privada, porque en estos últimos años nada nos ha dado, y como lo hará alguno ahora, y en fin, los que no solicitan el favor de las empresas, y no consideran un *oficio* como otro cualquiera el arte de Calderón.

Con gran asombro oían al primer actor del género cómico los actores, músicos y danzantes allí reunidos, y él mismo, terminado su discurso, y conociendo la extrañeza que les causaba oirle hablar de aquel modo, añadió:

—Pues esta es la verdad, sí, señores, y yo podré ser todo lo que ustedes quieran y podré esplotar como lo hace la mayor parte de los humanos, al tonto que lo sea tanto que lo tolere;

pero no por eso dejo de conocer lo que es verdad, y saber discernir entre lo verdadero y lo falso, entre lo derecho y lo torcido.

Empezaba á anochecer, y nada habían decidido los individuos de aquella escogida compañía, ni se había presentado el que los dirigía, si era posible dirigir á gente de suyo tan indómita y tan amante de la libertad.

—¿Dónde vamos? decían unos.

—A matar á D. José, contestaban otros.

—¡A su casa!

—No estará en su casa; estará en casa de doña Mariquita (la característica).

—¡Pues á casa de la Mariquita!

—Donde está de fijo, es en el café de Venecia.

—Pues vamos.

Y estaban en esto cuando apareció el mismo D. José, á quien todos saludaron con mucho respeto y abrieron paso, siguiéndole silenciosamente y con la mayor compostura.—Y eso que pocos momentos antes hubo quien propuso nada menos que ir á buscar á D. José para darle muerte.

Yo nada tenía que hacer allí: D. José no me conocía aun, y hubiera sido una imprudencia de mi parte querer asistir á las deliberaciones que, sin duda, iban á empezar, para resolver la crisis porque atravesaba aquella familia de artistas, hijos predilectos de las musas conocidas é ignoradas.

Los dejé entrar en el teatro, y decidí manifes-

tarme en casa de mi Adela, que aun ignoraba mi fortuna.

Pero ésta, que por entonces se había empeñado en protegerme, deparóme de manos á boca á la misma Adela, que iba al teatro á ver qué había, y qué resultaba de la Sala. Acompañábanla sus compañeras, que llevaban igual objeto.

No me pareció conveniente perder aquella ocasión de acompañar á Adela, y con ella entré en el teatro; y en el *saloncillo*, sentado á su lado, esperé como ella, y como todos aquellos músicos y danzantes, el resultado de la sesión que celebraban en el vestuario de D. José, éste y los individuos más caracterizados de la compañía.

—No puede V. figurarse con qué alegría recibió Adela la noticia de mi suerte; la pobrecilla no se parecía á esas almas mezquinas, á esos corazones fríos, á quienes hace mal el bien del prójimo. Faltóle tiempo para divulgar la noticia entre aquella *troupe*, halagando de este modo su vanidad de mujer, y gozando en la mal disimulada envidia de sus compañeras de arte, entre las cuales no había una que *tuviera relaciones* con un poseedor, no de 10.000 duros, sino ni siquiera de 10 reales.—Había V. de ver, amigo mío, cómo, divulgada que fué la noticia, se fijaron en mí todas las miradas, y cómo aquella gente que el día antes me miraba por encima del hombro, se apresuró á felicitarme y á ofrecerme su *inuti-*

lidad, y á indicarme la especulación que debía emprender para triplicar mi capital.

El primer bolero me proponía formar una buena compañía de baile miliciano (nacional), y recorrer con ella las principales cortes de Europa.

El director de la orquesta se comprometía á formar una compañía de zarzuela en competencia con la del teatro de este nombre, con la idea de dar á conocer grandes músicos y grandes cantantes que, por intrigas, no tenían entrada en aquel coliseo, cuya empresa pretendía ejercer un monopolio irritante.

¡Cómo si el ser buen músico ó buen cantante, y agradar más que otros, pudiera considerarse monopolio ni entre marroquíes!

El gracioso me contaba el argumento de su comedia.

Y Adela, cuyo mérito encarecían entonces los mismos que antes no habían imaginado siquiera que pudiese tener mérito alguno, me instaba á que á toda costa me hiciera empresario del teatro, conservando la compañía de verso, reformando á su gusto la de baile, y rebajando todos los sueldos, menos el suyo que debía aumentarse.

No hacía falta tanto para decidirme á emplear mi dinero en esa especulación; como ya he dicho á V., hacía tiempo que todo mi afán, todo mi deseo, era poder merecer el dulce nombre de empresario.

Abrióse la puerta del vestuario de D. José, y apareció éste; profundo silencio.

«Señores, dijo, hasta aquí llegó. Yo no puedo continuar por más tiempo al frente del teatro; visto que los gastos son grandes y los ingresos insignificantes; visto que D. Diego nos ha retirado para llevarla á otro teatro una comedia que hubiera podido dar cinco ó seis entradas, acción que puede servir á ustedes de ejemplo para que nunca den su mano á autores que cuando salen de la oscuridad olvidan la gratitud que deben á quien los ayudó á salir; visto que una persona que me había prometido adelantar siquiera el importe de dos quincenas y pagar la que ha vencido ayer, se ha llamado andana, demostrando que nadie debe fiarse ni de la camisa que lleva puesta; visto que las tres últimas obras que hemos estrenado, á pesar de ser muy notables, según sus autores y algunos críticos, no han llamado gente, que es lo principal; visto que no podemos continuar á partido porque sin contar la orquesta, el baile y otras cosas, todas las noches tenemos que poner dinero para pagar el gas, de todo lo cual resulta que estamos haciendo el oso lastimosamente, soy de parecer que dejemos de trabajar *á partido* y cada cual tome el que le parezca.

El teatro atraviesa una época fatal, señores, y es preciso tener paciencia hasta que nazcan los genios que han de elevarlo, y se ilustre algo

más el público, que prueba bien notoria da de no ser ilustrado un público que no llena todas las noches el teatro que yo dirijo. Yo tengo bastante reputación, y reputación bien merecida para aspirar á que el público acuda al simple anuncio de mi nombre, aunque el resto de la compañía sea, como lo es, en verdad, de mérito muy dudoso; esto no sucede, y un artista como yo no puede arrostrar por más tiempo la indiferencia del público.—Conque, he dicho, señores; quedan algunas cuentas pendientes que en épocas más prósperas podrán terminarse; cuenten ustedes todos con que siempre tendrán un lugar en el teatro que yo dirija.»

Mudo quedó el respetable concurso, del que formaban parte los que dos horas antes se desataban en denuestos y amenazas contra su jefe.

Adela me dió con el codo, y yo me puse en pie, sudando como un pollo y sin saber cómo empezar. Claváronse todas las miradas en mí y el mismo D. José, á quien nunca había hablado y que jamás había reparado en mi humilde persona, como si adivinara entonces mi intención, me miró con cierta benevolencia, que no dejó de halagarme. Era la primera vez que me veía yo frente á frente de una celebridad, de uno de esos hombres á quienes todo el mundo señala por la calle, y cuyo nombre publican todos los días los periódicos, y se lee en todas las esquinas de Madrid.

—Señores, dije, más conmovido que un diputado, que nunca las ha visto más gordas, ó que un abogado que se presenta por vez primera á defender á un reo de muerte; si todo consiste en algunos miles de reales, yo, que acabo de adquirir algunos miles de duros, no tengo inconveniente en emplear una parte en ayudar á ustedes. ¿Cuánto hace falta, D. José?

—Lo primero, dijo el músico de los timbales, es pagar lo que se debe, y después hablaremos.

—Es claro; que se nos pague la quincena vencida.

—Sí, señor, sí; ¡la quincena! ¡la quincena! (1).

Y todos hablaban, y todos gritaban *¡la quincena!* y todos me rodeaban, y uno me decía una cosa, y otro otra, y me tiraban de la levita, y me cogían del brazo, y aquello parecía otra Babel.

—¡Silencio, señores! exclamé. ¿Cuánto importa la quincena?

Diez mil reales, dijo D. José.

—Pues bien, añadí, que se reuna mañana por la noche toda la compañía, y quedará pagada la quincena, y desde pasado mañana yo seré empresario.

Convine con D. José vernos el día siguiente para arreglar todos los preliminares de mi empresa, y se envió á la imprenta y á los periódicos

(1) En el teatro es costumbre pagar cada quince días.

un anuncio que decía: «Hoy no hay función para dar lugar á los ensayos de las obras nuevas que prepara la nueva empresa que ha tomado á su cargo este teatro, deseosa de merecer el favor que el público dispensa á la compañía que en el actúa, y dispuesta á no perdonar sacrificio alguno para elevar el arte á la altura que merece, á cuyo fin cuenta con la cooperación de los autores más distinguidos.—Se abre nuevo abono por 30 funciones, y los antiguos abonados (no había ninguno) tendrán reservadas sus localidades por si gustan renovarlo hasta las tantas de tal día.»

Al salir del teatro pasé al lado de dos hombres, que luego ví que eran el celador del escenario y un traspunte, y uno de ellos decía:

—¡Qué suerte tiene D. José! ?Pues no se le ha presentado esta noche otro *caballo blanco*?

Era la segunda vez que oía yo esta frase: no tenía duda; el *caballo blanco* era yo.

Pregunté á Adela cuál era el significado de esta palabra, y qué podía tener yo de común con un caballo blanco ni tordo, y Adela varió de conversación, lo cual no me desagradó á la verdad, porque la niña me habló de su amor con más decisión, con más fuego que nunca.

—¡Quiero ser la primera! me dijo.

—¡Lo serás! le contesté.

—Y tener un beneficio libre.

—Lo tendrás.

—Y que me mandes echar ramos y dos palo-

mas, y una corona el primer día que haya función.

—Sin flores quedarán todos los verjeles de la cristiandad para que sirvan de alfombra á tus pies; sin aves el espacio, para que vayan á regalarte el oído cantando tus triunfos y á arrullar tu sueño, y si te empeñas, sin coronas quedarán los monarcas de la tierra para que tú seas proclamada reina absoluta del arte y de mi corazón.

Ya ve V. que en el teatro se me había *pegado* algo del hiperbólico lenguaje de ciertas relaciones de comedia ó parlamentos (que dicen los inteligentes).

Cobré el día siguiente mis 10.000 duros, y me dispuse á recibir la visita del primer actor.

Ni un momento cesó la campanilla de mi casa.

Todos los actores fueron á saber cómo había pasado la noche, á encarecerme sus méritos y circunstancias, y á indicarme el camino que, en opinión de cada cual, debía seguir. Recibí un periódico, en el cual ví una gacetilla concebida en estos términos: «El teatro de... se abrirá nuevamente el sábado; sabemos que lo ha tomado á su cargo el inteligente y activo *capitalista* don Marcos Sánchez, quien ha hecho *profundos estudios* sobre el teatro, y que seguramente con su práctica y su acertada dirección, conseguirá que el público favorezca su coliseo, en el que, para que nada falte, continuarán, como primer actor, el eminente D. José... y como primera dama, la

simpática y distinguida doña Fulana. Amenizará los espectáculos una compañía de baile, en la que figurará la graciosa y elegante y esbelta Adela... que hace verdaderos prodigios bailando, y que está destinada á reemplazar con ventaja á la Vargas y á la Nena, y á conseguir que renazca la afición del público á la sandunga y á lo macareno.»

Y héme ya, amigo mío, llevado desde mi modesta secretaría del juzgado de paz á la fábrica de reputaciones que se llama *gacetilla*.

Todos los periódicos copiaron esas líneas, escritas no sé por quién, y yo, D. Marcos Sánchez, obtuve en un día diploma de sabio, activo, inteligente, pródigo, práctico y capitalista.

Así es el mundo.

Aunque le pareceré á V. demasiado prolijo y demasiado minucioso, no quiero ocultarle ni uno solo de los detalles de mi vida de empresario; aunque esta profesión me ha costado grandes disgustos y mucho dinero, con ella he adquirido experiencia de una infinidad de cosas que antes ignoraba, y ella me ha enseñado muchas miserias, muchos vicios, muchas virtudes, que de todo eso se encuentra en el reducido espacio de un teatro, lo mismo que en la exposición de la humanidad que se llama mundo.—Y continúo:

Acababa de leer el periódico citado, cuando me sorprendió la visita de un caballero, como

de cincuenta años de edad, pobremente vestido y con un manuscrito en la mano.

—¿D. Marcos Sánchez? preguntó.

—Yo soy, caballero, ¿en qué puedo servir á usted?

—He sabido que es V. empresario del teatro de... y sin recomendación ninguna, vengo á pedir á V. un favor...

—¿Un favor? ¿Cuál?...

—Quisiera merecer de la bondad de V. que se dignara oir una comedia que he escrito, y que hace dos años no logro hacer oir por más que por mí se han interesado personas de mucho viso en la corte.

—Yo no entiendo de comedias, le dije; cuando me haya hecho cargo del teatro, puede usted volver y la daré á alguna persona inteligente, esto es lo que puedo hacer por V.

—Yo quisiera, sin embargo, que V. la oyera.

—¿Cuántos actos tiene?

—Cinco y un prólogo, en prosa y verso.

—¿Y cómo se titula?

—*La guerra civil de los siete años ó lo que es el mundo.* Por que, mire V., yo he servido durante la guerra, y por eso estoy muy enterado de todo lo que pasó, y sin que sea vanidad, creo que ninguno puede escribir un drama de aquel tiempo con más conocimiento de causa.

—¿Y cuál era la causa de V.?

—La *buena*, la del Pretendiente; yo serví á las

órdenes de Cabrera, á quien me presentó el sacristán de mi pueblo que era todo un santo varón, capaz, eso sí, de arrimar un trabucazo al lucero del alba, pero instruído y caritativo como ninguno, un gran teólogo. En mi drama sale, y tiene un papel muy bueno... Vamos, ¿quiere usted que lea...?

—No, ¿para qué? Creo que no se podrá representar su drama de V., porque ¿cómo se han de presentar en la escena personas que aun viven, y que no les parecerá bien seguramente ese abuso?

—¿Cómo abuso? Todos los abusos de que se dió ejemplo durante la guerra puedo probarlos y... en fin, ¡yo respondo!

—Eso no basta, amigo mío; aunque yo soy nuevo en estas empresas, presumo que el público vería con desagrado en el teatro los acontecimientos de una época que tiene para los españoles tristísimas memorias.

—Pues mire V., si mi drama no se representa, no sé que va á ser de mí, porque yo era dependiente del resguardo; pero como he sido faccioso, como dicen los liberalillos, todos me miraban de reojo, y no pararon hasta que me hicieron saltar, poniéndome mal con los jefes. Me expulsaron, y aquí me tiene V. con cinco hijos y vísperas de otro, porque en mi casa no habrá pan, pero salud, hijos y gracia de Dios no falta nunca. Y francamente, yo he escrito ese drama con el deseo de satisfacer una ven-

ganza, pero también para sacar algunos cuartos. En mi juventud hice algunas comedias con otros aficionados, y siempre me ha dado por ahí. Si me admitiera V. este drama, yo me comprometería á dar á V. uno cada mes, todos, por supuesto, de política, que es mi fuerte.

En fin, amigo mío, no tuve más remedio que tolerar que aquel autor faccioso me dejase el drama y prometerle leerlo á la mayor brevedad.

En cuatro horas que tardó en llegar la noche, recibí otras catorce obras dramáticas de que á su tiempo hablaré á V.

Llegó, por fin, la noche, y llevando en el bolsillo dinero abundante me presenté en el teatro.

Ya estaba extendida la nómina; yo la pagué, y la guardé.

Esta nómina era mi credencial de *Caballo blanco.*

Ahora tendré el gusto de presentar á V. las damas y galanes de la compañía.

III

Los actores.

Quise conocer el bello sexo de aquella brillante pléyade de artistas, y D. José se encargó de hacer mi presentación en toda regla, y de manifestarme los nombres, circunstancias y condiciones de todos los actores, que desde aquel día me habían de respetar como empresario.

Recuerdo la escena de mi presentación con todos sus pormenores. La primera actriz á quien nos dirigimos era la primera dama, una joven, como de unos treinta años, buena figura, vestida con elegancia; me tendió la mano y me saludó con la mejor de las sonrisas de su repertorio.

—Excuso decir á V. el nombre de esta señora, me dijo D. José, porque V. la conocerá seguramente, y más de una vez habrá V. aplaudido su talento.

Así era, en efecto; aquella actriz era Gertrudis, como la llamaban los gacetilleros y todos sus admiradores.

—Esta señora dará veintitrés funciones de no-

che cada mes; pero ninguna de tarde, á no ser que se le dé por cada una de éstas una gratificación doble que su sueldo diario; tiene dos beneficios; uno libre y otro á medias... conmigo; no trabaja en las piezas, y puede no hacer los papeles que no sean de su agrado.

—¿Y qué sueldo es el de esta señora? pregunté yo.

—Diez mil reales.

—¿Por toda la temporada?

—No señor; por un mes: los dos tenemos el mismo sueldo.

—¡Y aun hay quien quiera ser ministro! pensé, al mismo tiempo que comenzaba á temblar. Ya rebajaremos algo, añadí.

—Por mi parte, dijo la interesada haré cuanto pueda en obsequio de V.; pero sin que nadie sepa que estoy escriturada en menos de esa cantidad.

—¡Oh! lo que es por eso, contesté, no tengo inconveniente en decir que tiene V. un millón de reales por función.

—Si me asegura V. en el Banco el sueldo de seis meses...

—¡Pues qué! señora, ¿yo no soy de fiar?

—¡Sí! pero ya ve V., el teatro es una cosa tan insegura...

—Esta señora, continuó el director, presentando á una mayor, que en su tiempo habría sido una real moza, es dama de carácter.

—¡Oh! no lo dudo, me apresuré á decir, pero creo que no regañaremos por eso. Yo me avengo bien con todos los caracteres, y aunque esta señora tenga el suyo un poco fuerte, yo me prometo no dar ocasión para que lo manifieste.

—¿Qué está V. diciendo? contestó la aludida; pues si tengo un genio como una malva: así hacen siempre de mí lo que quieren, y me matan á trabajar; porque yo no sé qué tengo, pero en todas las funciones salgo á relucir, y todos los autores lo primero de que cuidan es de escribirme mi papel... Y como tengo esta pasta y soy tan simplona, como decía mi marido, —ya sabrá V. el famoso barba González, que no ha habido otro como él para hacer terceros y padres,—todos abusan de mí, y los papeles que nadie quiere, ya se sabe, á la Sebastiana, y si se pone mala la graciosa, á mí me echan el mochuelo; y si no hay función que poner, allá van *La vieja del candilejo*, y *Los Polvos*, y *El Trapero*, para que se luzca la Sebastiana.

—Esta señorita, me dijo D. José, poniéndome delante de otra actriz, es dama joven graciosa.

—Ya lo creo, observé yo; y no sólo es joven y graciosa esta señorita, si no que bien se puede decir que es hermosa como una virgen de *Rafael*.

Sonrióse la niña, que parecía dominada por una profunda tristeza, y el director me hizo no-

tar que la llamaba graciosa porque se dedicaba al género cómico; es decir, que su misión era hacer gracia al público.

Esta graciosa actriz estaba al lado de una señora ya entrada en años que me dijo:

—Cuando V. acabe, tengo que decirle una cosa, V. me dispensará la molestia.

—No hay de qué, le contesté, y proseguí mi examen.

—Esta señorita es la dama joven.

—¿Y no es graciosa esta señorita?...

—No, señor, contestó, nunca me ha dado por ahí.

—Esta señorita llora muy bien, añadió el director.

—No le envidio la habilidad, repuse; yo mejor quiero reir que llorar.

—Cuando lo exige el papel no hay otro remedio.

—¡Ah! ¡ya! esta señorita es, según eso, la que se casa todas las noches al final de la comedia.

—Ya la oirá V. en el *Terremoto* y en el *Campanero* y convendrá conmigo en que, si continúa estudiando, será una de las primeras damas jóvenes.

Otras actrices había de inferior mérito, destinadas á hacer *papelitos* de poca importancia, de quienes nada de particular me dijo el primer actor.

Llegamos al sexo feo.

El primero que se me presentó era un joven, que el director me dijo que era galán.

—En la edad de serlo está, contesté; bien puede aprovechar ahora el tiempo, que demasiado pronto llega el de las canas, y la formalidad; además, como dicen las mujeres, los que han sido muy calaveras en su juventud, son después modelo de virtudes domésticas cuando sientan la cabeza.

—No digo eso, me observó el director; el señor es el que hace los papeles de galán, de enamorado, los papeles de pasión, de sentimiento.

—¡Ah! ¡ya! el señor es el que se casa en todas las comedias con la damita joven.

—¡Pues! Ya lo verá V. en el *Antoñito* del *Hombre de mundo*, y en el *Amadeo* de la *Marcela*. Los papeles de tonto no hay quien los haga como él.

—No es muy buen papel, que digamos, añadí; pero el señor será de los que dicen: *¡dame pan y dime tonto!...*

—El señor es otro galán de carácter, que me suple cuando yo descanso ó estoy enfermo, ó hace el segundo cuando hay dos en la comedia.

—Y sólo á D. José le hago yo segundos, añadió el segundo de quien nos ocupábamos, porque yo he sido primero siempre en provincias, y siempre me han considerado como tal.

—El señor es el primer actor del género cómico.

Este no me era desconocido; era el mismo

que ya he citado, el traductor de aquella comedia versificada por el apuntador.

—Á mí, Sr. D. Marcos, dijo el gracioso, me corresponde dirigir las funciones mías y elegir las piezas y fines de fiesta; tengo dos beneficios libres y se han de poner en escena mis obras.

—El señor es el barba: hace los padres, los tutores, los abuelos, en fin, todos aquellos papeles de hombres de edad, saber y gobierno. En *El Puñal del godo*, *La hermana del carretero*, *Margarita de Borgoña* y el *Nuño de Guzmán el Bueno*, podrá V. apreciar su mérito.

Los demás actores eran partes de por medio, *embolados* y *utilidades* más ó menos inútiles, que tenían cortos sueldos y pocas esperanzas de llegar á merecer más de lo que tenían.

Terminada que fué esta formalidad, entrose don José en el vestuario para formar el nuevo presupuesto con la mayor economía posible, y yo me quedé entre los artistas, á quienes me pareció que les parecía en extremo simpático, según las muestras que me daban de deferencia y distinción.

El barba, que era un señor con una carita de risa muy expresiva y una apariencia de *bon homie* é ingenuidad que desde luego prevenía en su favor á todo inocente, se llegó á mí, y ofreciéndome abierta una caja de rapé, me dijo:

—Se conoce que es V. nuevo en el teatro, señor D. Marcos.

—Así es, le dije; y si V. tiene que hacerme alguna observación ó algún consejo que darme, no vacile en dispensarme tan señalado favor, porque mi buena voluntad no bastará tal vez para que yo sea tan buen empresario como deseo.

—Señor D. Marcos, me contestó, yo soy ya perro viejo en el teatro, y conozco á palmos el terreno que piso. Aquí hay que andar con pies de plomo, apreciable D. Marcos; es preciso tener mucha paciencia y mucho ojo; es preciso tener energía y tolerancia á un tiempo, pasar por todo y no pasar por nada, ver y no ver.

—Explíquese V.

—No, no crea V. que está entre gente sin delicadeza y sin mérito moral, ni artístico: líbreme Dios de hablar mal de mis compañeros que, cada uno en su clase, es digno de la mayor consideración; pero, sin embargo, cada uno tiene aquí su flaco, y cada uno se cree mucho más de lo que es.—Ya ve V. la Gertrudis, por ejemplo, es muy buena dama, buena figura, buena voz, se viste bien, saca un aplauso siempre que quiere; pero sáquela V. de cinco ó seis funciones, que hasta los tramoyistas saben de memoria, y es mujer perdida.

—¿Cómo perdida?...

—No, no crea V. que lo digo porque sea ligera de cascos, no señor, aunque algo se podría decir de eso; lo digo porque no hay quien la

haga estudiar un papel nuevo, y porque en ciertas obras—esto no es culpa suya—no está en carácter, por más que hace esfuerzos muy dignos de aplauso; que al fin ya no es ninguna niña, y es tontería, en pasando de cierta edad, ya no se puede hacer lo sentimental, ya no se puede hacer lo que las muchachas... Y luego, como está tan gruesa, no puede hacerse el público la misma ilusión que si fuera una jovencita inocente, esbelta, fresca, etc., etc... Como si yo quisiera hacer con estas arrugas y este abdómen el *D. Juan Tenorio ó Borrascas del corazón*... Pero en fin, respecto de esa señora, nada hay que decir; D. José está interesado en tenerla siempre en la compañía, y cuando D. José lo hace, él sabrá lo que se hace, que él no es tonto, ni mucho menos, aunque muchos no le tienen por muy avisado.

Vea V. cómo yo soy justo: D. José es todo un artista en toda la acepción de la palabra, bien es verdad que yo no puedo juzgarle, porque le debo muchos favores, y la gratitud y el amor que le tengo, podrían cegarme y hacerme parcial. Ya puede V. tener por seguro que D. José pondrá de su parte todo lo que pueda para que usted salga airoso de su empresa. Es muy estudioso, muy activo, muy inteligente y muy trabajador; pero aquí para entre los dos (los peros de aquel barba eran más temibles que el hacha de un verdugo) tiene un defecto de que nunca

se podrá corregir; un amor propio superior á toda ponderación, y un egoísmo más refinado que el azúcar, y una envidia que le come. Yo le quiero mucho, eso sí; si él no tiene un duro, y como ya ha sucedido, viene á pedírmelo, la mitad de uno que yo tenga es para él; pero amigo D. Marcos, por lo mismo que le quiero tanto, deploro que le afeen esos vicios capaces de obscurecer no solo su talento, que al fin y al cabo no es una cosa del otro jueves, sino el del mismo Cicerón. Y es un dolor, porque si no fuera por eso, y otros muchos defectos que tiene, pero que yo no he de ir á publicar siendo como es un amigo mío, D. José sería un hombre completo y un actor de primera fuerza.

La perla de la compañía es la graciosa; esa sí que se hace querer de todos; tan amable, tan callada, tan juiciosa, tan puntual, aunque no falta quien diga de ella mil despropósitos.— Tampoco yo pondría por ella las manos en el fuego, que al cabo y al fin, como dijo el otro, donde menos se piensa salta la liebre, y piensa mal y acertarás; pero me llevaría un gran chasco si esa chica no fuera lo que parece. Eso sí, lo que es para la escena no tiene muchas facultades la pobrecita, y cuando llora parece una chicharra de las que venden por Noche Buena en Santa Cruz; pero tiene pocos años y puede que con el tiempo se corrija, aunque mucho lo dudo; la madre, que es aquella que está á su